
El VENGADOR
BORNÉ
Un Sheriff a la medida
por FIDEL PRADO
3 PTAS



Núm. 4

Un Sheriff a la medida

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cies ~ Vigo

TITULOS PUBLICADOS

1. **Juramento cumplido.**
2. **Jak, el Zurdo.**
3. **La presa trágica.**
4. **Un sheriff a la medida.**

PROXIMOS TITULOS

El rastro sangriento.
El jinete fantasma.

PRIMERA EDICIÓN 1945

Impreso en España *Printed in Spain*



CAPÍTULO I

UN PARAISO ESCONDIDO



UE trágicamente grotesca la caída de Ellem Standels, el *sheriff*, que segundos antes abandonara alegre y sonriente el bar de Crew Grahan, instalado frente por frente a sus oficinas.

El panzudo Ellem, con su abultado abdomen, sus piernas terriblemente arqueadas de montar a caballo, sus brazos cortos y musculosos y su apimentonado rostro, en el que el bigote era como un recto y áspero cepillo colocado bajo su nariz, y el pelo un reparto antiestético de vellones rizados de lana, había girado como un sacacorchos sobre el ancho tablón que cruzaba el espacio de lado a lado para evitar que los que tenían que pasar de un extremo al otro de la calle, se enfangasen de barro hasta la rodilla, y luego de iniciar unos movimientos de brazos, cómicos y estrafalarios, había caído de bruces sobre el fango, en el que hundió su abultado rostro

como si pretendiese demostrar que era preferible bucear en el barro de la calzada que habitar en aquel poblacho escondido, donde la vida de la gente carecía de todo valor moral y espiritual.

Y allí quedó como un objeto inútil y abandonado, con el brazo derecho extendido y en cuya mano aún aprisionaba como un tesoro la dorada manzana que estaba desayunando, cuando recibió al unísono y como si se hubiese tratado de uno solo, los tres proyectiles del 48 con que le obsequiaron los tres hermanos Saff, como prueba de reconocimiento por los «apreciables» servicios que en vida les había prestado.

Solamente un testigo había presenciado el trágico y rápido desenlace. Fue éste, Crew Grahan, el dueño del bar «El Salvaje Oeste», quien, recostado sobre la jamba de la puerta, con la pipa entre los dientes y jugueteando con el pesado *colt* que pendía de su cintura, sintió la malsana curiosidad de presenciar aquel frío y cobarde asesinato, fraguado un cuarto de hora antes ante el mostrador de su bar y con la anuencia de Crew.

Allí estaban formando un triángulo mortal, con los revólveres aún empuñados, los tres hermanos Saff. Jeff, el mayor, con su rostro de águila y su armazón de huesos sólidos y curtidos, en la parte de la derecha; Jim, el mediano, en la parte de la izquierda, mascando flemático un trozo de tabaco, contemplando el cadáver con sus ojillos extraviados, lo que no le impedía poseer una fina puntería, y Sam, el pequeño, recostado sobre la pared de las oficinas de Ellem, mostrando arrogante su leonada cabellera, que se escapaba por debajo de las alas del sombrero echado hacia atrás, y su porte elegante de muchacho guapo, aunque demasiado duro de facciones y repulsivo de ojos.

Los tres se habían situado estratégicamente para esperar a Ellem, que habla sido invitado por Crew a tomar una cerveza para ayudar a la digestión de su manzana. Todo fue un frío plan preconcebido para asesinar al *sheriff* antes de que éste se diese cuenta de la encerrona y tratase de vender cara su vida, aun sabiendo que, contra tres pistoleros como aquéllos, hacía falta más rapidez de mano que la que él siempre había poseído.

Los tres, a una señal, se encaminaron lentamente al bar, y Crew, dirigiéndose a Sam, exclamó:

—Estás abusando mucho de tu juventud, muchacho. Ese tiro ha ido demasiado bajo para lo que tú siempre has acostumbrado. Vas perdiendo la trayectoria del corazón y eso puede costarte el tuyo.

Sam sonrió repulsivamente y replicó:

—No hice aprecio del sitio donde iba a colocar la bala. Sabía que no saldría vivo, y tanto me daba darle en el corazón como en el pecho. Sí mi vida hubiese dependido de la puntería, otra cosa

hubiese sido.

Crew pasó al otro lado del mostrador y, descorchando una botella de *whisky*, sirvió a todos y comentó:

—Bien, el asunto se ha concluido. Ahora, ¿qué sucederá cuando se enteren Lew Coe, Dolf Wilde y Cornel Hall?

—No me interesa lo que piensen —afirmó despectivo Jeff—. ¿No mataron ellos a Brig, el anterior *sheriff*, porque entendían que estaba de nuestra parte? Aceptamos su decisión y nombramos a Ellen; éste se ha puesto de parte de ellos y nosotros le eliminamos. El *sheriff* que nos sirva de tapadera en este pueblo ha de ser completamente neutral, cuando menos, aparte de tonto. Sí no es así, no nos sirve.

—Lo malo es—comentó Crew—que con Ellem hemos perdido la última oportunidad de cubrir las apariencias. Ahora no habrá quien quiera lucir la estrella de plata al pecho y nos exponemos a que nos envíen de Santa Fe un *sheriff* de verdad que nos complique la vida.

—Ya buscaremos alguno que se decida. Para eso les pagamos mejor que a cualquier otro en toda la región.

—Lo malo es que hace tiempo que ni uno ha llegado con vida a cumplir el tiempo de percibir la primera paga en moneda. Todos han cobrado en plomo.

Los cuatro rieron el comentario, y Sam, el pequeño Saff, exclamó:

—¿No han regresado «ésos» de la excursión?

—No—afirmó Crew—, pero, de no haber sufrido algún contratiempo, no deben tardar.

—Es algo que tenemos que agradecer a ese cerdo devorador de manzanas —afirmó Jeff aludiendo al *sheriff* asesinado—; él fue quien dio el soplo a Dolf sobre el ingreso del dinero en el Banco de Dayton y nos tomaron la delantera. Cuando los descubrí a lo largo del río Peñasco, me lo figuré. Por mucho que hubiésemos corrido todo lo más que podía haber pasado era que nos juntáramos los seis ante el Banco y ¿para qué? ¿Para no sacar utilidad y andar a tiros? Ya les pisaremos nosotros cualquier negocio bueno.

—Lo negarán—añadió Jim—. Dirán que era cosa que ellos venían planeando hacía tiempo.

Crew se dirigió duramente a Jim, diciendo:

—Tú tuviste la culpa, Jim. Bebiste más de la cuenta y se te fue la lengua. Ellem no hizo más que aprovechar tu información.

—Pues ahora que aproveche también el plomo. Creo que valdrá algo más que lo que le hayan dado Dolf y compañía por el cuento.

Jeff, que rumiaba alguna idea entre dientes, murmuró:

—Me parece que Peñasco se está quedando un poco pequeño para los que nos empeñamos en vivir en él. Habrá que aligerarle de

carga.

Crew le miró intensamente y repuso con frialdad:

—Espero que no se te ocurra aligerarlo aquí dentro, Jeff; tú sabes que no me importan vuestras rencillas, pero sí mi establecimiento. No tardarán en venir y estoy dispuesto a que no se altere la paz en esta santa casa.

Jeff dejó brillar en sus ojos una luz siniestra de ira al verse así advertido, pero rápidamente la dejó apagar. Había cosas que le obligaban a respetar la voluntad de Crew y no le convenía provocar una riña con él.

—Bueno—dijo—, creo que eso tendrás que advertírselo a Dolf y sus amigos. Por mi parte, si no nos provocan, no pienso darme por aludido.

—No creo que lo hagan. En esta ocasión han salido favorecidos con el chivatazo. Salvo la muerte de Ellem, nada tienen que reclamar.

—A lo mejor es bastante—dijo sentencioso Sam, sacando otro pedazo de tabaco que aferró con sus blancos y finos dientes.

Crew, que poseía un oído muy fino, se envaró. Acababa de captar el relincho de unos caballos que se acercaban, y con todo descaro colocó sobre el estaño del mostrador un par de *derringer* aserrados por el cañón para hacerlos más eficaces, encendiendo después su negra pipa con perfecta calma.

Más cerca, se oyó el chapotear de caballos sobre el caldoso fango que cubría la calzada; después se captaron varias maldiciones emitidas estruendosamente y momentos más tarde la puerta se abría con violencia para dejar paso a tres individuos que vestían el clásico traje de los *cowboys* y empuñaban en sus manos amenazadores *colt*s del 45.

El que penetró primero era un tipo gigante, de anchísimos hombros, rostro cetrino abrasado por el sol y pelo negrísimo que brillaba como el ébano pulido. Representaba unos treinta y dos años y vestía una detonante camisa a cuadros rojos y azules, un rojo pañuelo al cuello y un chaleco marrón desabrochado.

El que trataba de asomarse por detrás de su recia humanidad era un hombrecillo bajito, rechoncho, pálido de tez, con el labio superior sombreado por un bigote fino y cuidado. Iba en mangas de camisa y lucía unas chaparreras de piel de gamo bordadas con seda amarilla.

Y por último, descollando por detrás, asomaba la escuálida silueta de un tercero, flaco y aceitunado, de ojos oblicuos como los malayos. Ostentaba una cicatriz en la boca, que hacía horribles sus sonrisas y poseía unos brazos que le llegaban a las rodillas.

Se trataba de Dolf Wilde, Comel Hall y Lew Coe: los tres rivales

de los hermanos Saff.

Dolf, echando lumbre por los ojos, antes de saludar, lanzó una inquisitiva mirada al interior, descubriendo a los tres hermanos indolentemente apoyados sobre el estaño del mostrador, con las manos aferradas a las culatas de sus revólveres, y con voz potente, gritó:

—¿Quién ha sido el cochino que…?

Crew hizo un gesto con la mano para obligarle a callar y exclamó:

—Buenos días, Dolf. Primeramente saluda, como es correcto, y después pregunta lo que quieras, que yo te contestaré.

Dolf hizo un gesto de malhumor y repuso:

—¡Al diablo con la cortesía! Pregunto que quién ha sido.

—Basta, Dolf—advirtió fríamente Crew—. Podía decirte que he sido yo o ha sido un pajarito armado de un buen *colt*; pero prefiero decirte que ha sido obra colectiva de estos tres buenos mozos.

Los seis se miraron un momento como si pretendiesen leer en sus ojos quién iba a iniciar el primer movimiento para disparar; pero Crew, mostrando en sus manos los dos *derringer*, advirtió:

—Escucha, Dolf. Le estaba diciendo a éstos que me interesa mucho el barniz de mis muebles para permitir que los desluzcáis con vuestras pequeñas rencillas. Haz lo que quieras, pero no olvidéis todos que tenéis que contar conmigo si hay jarana.

Dolf, tan molesto por el aviso como se había mostrado Jeff, vaciló por un momento; pero dominando un tanto sus nervios, exclamó:

—¡Eso que habéis hecho es una guarrada!

Jeff iba a replicar, pero Crew se adelantó diciendo:

—No seas tan ordinario hablando, Dolf. Hay palabras mal aplicadas. ¿Acaso vas a negar que si regresas satisfecho de tu excursión se lo debes a Ellem?

Dolf hizo un gesto de protesta.

—No creo que estés muy seguro de eso, Crew.

—Porque lo estoy, lo digo. Es una pena que os piséis unos a otros los negocios; pero es más pena que se deba a la indiscreción de un tipo como ése. Olvidas que igual que hizo traición a los Saff te la hubiese hecho a ti en otra ocasión. Hombres así no os sirven a ninguno, y por el bien de todos deben ser eliminados.

Dolf bajó la cabeza. Crew poseía una autoridad sobre ellos y cuando hablaba era difícil contradecirle.

Para disculparse, comentó:

—¿Quieres decir que el asunto del Banco de Dayton era cosa de los Saff? ¡Te juro que lo ignoraba!

—Quiero creerte, Dolf; pero puedo asegurarte que lo era. Me lo

habían comunicado a mí hace tres días y solamente aguardaban el momento justo para partir y dar el golpe. Sam cometió una indiscreción y dejó traslucir algo que Ellem captó al vuelo y os lo comunicó. Eso es todo.



Jeff dejó brillar en sus ojos...

Dolf, más calmado, miró a los tres hermanos que continuaban en la misma actitud como tres estatuas y se sinceró.

—Lo siento, pero puedo juraros que no sabíamos eso. Es cierto que Ellem nos indicó la pista, pero aseguró que lo había sabido por pura casualidad. Le prometí cien dólares si no nos engañaba y el golpe era bueno.

—¿Y lo fue?—preguntó suavemente Jeff.

—¡Phs...! Regular. No era todo lo que Ellem dijo.

—Pero lo suficiente para que no regreséis quejosos. Pudimos estropearos el negocio, porque os alcanzamos a lo largo del río Peñasco, pero por esta vez desistimos. Sin embargo, estamos coincidiendo en muchas cosas y tenemos que arreglar este asunto de una vez.

Dolf comprendió el sentido oculto de aquellas palabras y, dándolas el mismo sentido, replicó:

—Bueno, por nuestra parte, no hay inconveniente.

Crew captó la dureza del diálogo y repuso:

—Lo que hay que arreglar es el asunto de la sustitución de Ellem. Os olvidáis que este bonito pueblo está siendo señalado ya como de aires poco recomendables y os exponéis a acabar de enrarecer la atmósfera. Sentaros por ahí y vamos a discutir este asunto. A mí también me interesa la solución y no podéis olvidar que siempre hay que contar conmigo.

Los tres se decidieron a penetrar y guardaron sus revólveres en las fundas. Los tres hermanos apartaron sus dedos de los suyos, y Crew guardó los *derringer* debajo del mostrador y extrajo una nueva botella de *whisky*.

Se sentó entre ellos, llenando los vasos, y dijo:

—Este asunto debe quedar liquidado y muerto aquí mismo, y quedará en bien de todos. Vosotros—dijo señalando a Dolf y sus amigos—eliminasteis a Brig, porque sospechabais que estaba de parte de los Saff, y éstos han eliminado a Ellem porque han comprobado que se hallaba de parte vuestra. Estáis en paz y ninguno debe darse por molesto.

Comel Hall intervino para decir con voz ronca:

—Pero esto nos coloca en el mismo sitio que estábamos hace un mes. Unas veces por unos y otras por otros todos los días hay que estar con el alma pendiente de un hilo y no es plan. Ya tenemos bastante con preocuparnos de los peligros que surgen a nuestro alrededor.

—Hablas como un libro, Hall —afirmó Crew—, yo también pienso así y creo que es llegada la hora de buscar un hombre lo suficientemente tonto, o lo suficientemente listo, para que se mantenga en un terreno neutro y sólo vaya a defender su paga, importándole poco todo lo demás.

—¿Lo tienes tú, Crew?—preguntó Coe, despectivo.

—No, no lo tengo, pero hay que buscarle. Te olvidas que sí vosotros estáis en peligro yo no tengo un seguro de vida y libertad firmado con nadie. Soy el que os está protegiendo las espaldas a costa de dominar al juez y al alcalde, que hacen lo que yo quiero e informan cómo a mí me parece al Gobernador de Santa Fe. Ahora mismo haré que se redacte un oficio diciendo que Ellem murió gloriosamente persiguiendo a unos salteadores; pero al tiempo hay que mandar el nombramiento de nuevo *sheriff* para que no meta la nariz en el poblado y manden a alguien que recabe la intervención de la tropa y os elimine a tiros. El día que se descubra todo esto, ¿quién va a perder más de todos?

Loa seis enmudecieron, comprendiendo las razones aducidas por Crew. Este no sólo imponía su influencia para alejar investigaciones sobre las actividades que se desarrollaban en Peñasco, sino que, en sus apuros económicos, les prestaba dinero y les ayudaba a deshacerse del botín, que resultaba peligroso retener.



—¡No os mováis!...

Jeff, más calmoso, indicó:

—Danos una fórmula, Crew. Te confieso que me es más fácil liarme a tiros con diez enemigos, que resolver este problema.

—No es fácil. La gente de aquí no sería *sheriff* por todo el oro de California. Os detesta, os tiene miedo y repugnancia, y un hombre honrado sólo aceptaría para eliminaros, y no hay uno con agallas que luche contra todos vosotros. Un granuja tiene miedo de no ser grato a todos y correr la suerte de los que han usufructuado el cargo. Sólo cabe encontrar uno extraño a quien se le deslumbre con

una buena paga y se le lea la cartilla para que, si acepta, sepa cómo ha de desenvolverse.

—¿Dónde está el extraño?—preguntó Hall.

—Hay algunos huidos por ahí que, ante la seguridad de no saberse perseguidos porque les protegería la estrella de *sheriff*, aceptarían. Se me ocurre poner un anuncio en los alrededores y en las sendas de la montaña, ofreciendo el cargo. Apostaría cien dólares contra diez a que alguno picaría.

—¿No ves otra solución?

—No.

—Pues la intentaremos. Pero si tarda en producirse...

—No nos corre prisa aún dar cuenta de la muerte de Ellem. Solamente si se recibiese alguna comunicación de Santa Fe sería llegado el momento de precipitar las cosas. Hablaré con Joe Rossland, el juez, y le diré que redacte el anuncio. Con su firma y el sello no inspirará recelos.

En aquel momento se abrió la puerta e hizo su aparición un individuo de estatura media, duro de mirar, recio de rasgos y atrevido de movimientos. Vestía de un modo detonante en fuerza de pretender dar elegancia a su persona, y lucía dos grandes revólveres, que pendían de su cinto a una altura muy baja.

El recién llegado se quedó contemplando al grupo con ojos de mirar burlón, y los seis, de un modo espontáneo, llevaron la mano a sus pistoleras.

—No asustarse, compañeros—afirmó el recién llegado—; no creo que pretendáis que me enfrente con los seis a un tiempo.

Crew le indicó la mesa, diciendo:

—Nigel Nitchel: eres el único que falta a la lista. Siéntate y toma parte en la deliberación.

—¿Estáis rezándole el oficio de difuntos al pobre Ellem?

—Casi. Ellem ha muerto por chivato. Espero que no te parezca mal el castigo.

—Si habéis sido mayoría, no puedo oponerme. Mientras no decidáis ejercitar vuestra puntería conmigo, lo demás me tiene sin cuidado. Lo malo es que estáis dando demasiado gusto al dedo por unas cosas o por otras, y estáis poniendo esto imposible. Os olvidáis que yo fui el primero que me asenté aquí sin preocuparme de nadie, y vosotros, que habéis llegado los últimos, me estáis echando de Peñasco. No es amenaza; pero moveros con tiento, porque ni soy hombre a quien se le puede pisar el terreno, ni es fácil eliminarme sin exponerse seriamente. Nigel Nitchel tiene un historial demasiado duro para que le asusten solamente seis hombres.

Alguien hizo un poco de ruido con la silla al echarla hacia atrás; pero los revólveres de Nigel, sin salir de su funda cubrieron la

trayectoria de la mesa, mientras el pistolero advertía con acento metálico:

—¡No os mováis!… No os mováis, porque de los seis, cuatro no os levantaréis de las sillas, y del resto ya veríamos qué sucedía. Acordaros que soy el mejor pistolero de todo Nueva México y que el que os haya tolerado hasta ahora no quiere decir que lo siga haciendo por imposición y no por propio gusto.

Crew, sin hacer caso de la advertencia de Nigel se levantó de la silla, se acercó a él y, señalando los revólveres que tenía aún asidos, exclamó:

—Nigel, suelta eso y no fanfarronees demasiado. Nadie te pisa el terreno; pero la gente se defiende contra los chivatos. Espero que no te gustaría que te pisasen un negocio porque un tipo como Ellem se lo cantase a otro al oído.

—¡No, claro que no! Le daría su merecido, pero cara a cara, y después de decirle por qué le mataba, y no le asesinaría al alimón como a un lobo. Luego… al que me hubiese pisado el negocio, valiéndose del soborno, le clavaría seis balas en el corazón. ¿Está claro?

Y, dando media vuelta, abandonó la taberna, volviendo despectivamente la espalda a sus compañeros, sin ponderar que podían aprovechar su gesto para agujerearle la espalda a tiros.

Crew le estuvo mirando hasta verle desaparecer y comentó:

—¡Es el salvaje más salvaje que he conocido en mi vida! Tener mucho cuidado con él, pues parece que se está cansando de vuestra compañía.

Jeff se levantó displicente, afirmando:

—Me parece que de lo que se está cansando es de vivir, y si ése es su gusto…

—Bueno, bueno; no te hagas muchas ilusiones sobre eso—advirtió Crew—. Quizá esté cansado de vivir; pero no está dispuesto a que seas tú quien le aligere de esa carga. Dedícate a lo tuyo y espera a que una bala que no sea la tuya le elimine. Nigel es mucho pistolero para sorprenderle desprevenido.

—¡Eso lo veremos!—fue la lacónica respuesta de Jeff.

La reunión se dio por concluida con unas frases finales de Crew:

—Bien, muchachos. Yo me encargaré de hablar con Joe para lo del anuncio.

Sam se aproximó al tabernero y, llevándosele aparte, preguntó:

—Crew, ¿puedes dejarme cien dólares? El haberse adelantado Dolf a nuestro golpe nos ha dejado sin blanca.

Crew dudó un momento y, al fin, dijo:

—Sí, puedo dejártelos; pero a condición de no verte el pelo por mi mesa de juego. No me gusta ganar dos veces mi dinero.

—¿No te lo pago?

—Sí; pero te digo que no me gusta. ¡Toma!

Sacó del bolsillo unos billetes que entregó al joven. Este se los guardó, y luego, mirando a lo alto de la galería corrida que circundaba el bar, preguntó de modo inocente:

—¿Está Margaret arriba?

—Sí. ¿Qué la querías?—interrogó Crew, mirándole de un modo extraño que Sam no pareció advertir.

—¡Oh! ¡Nada de particular! Requisé en un asalto a una diligencia un precioso collar y he pensado que en nadie luciría como en ella. Creo que no te ofenderás porque le haga ese regalo. Se trata de una prueba de amistad.

Crew, fríamente, repuso:

—No, no me ofendo. Puedes entregárselo.

Sam se lanzó diligente por la escalerilla, y Jeff, al verle, adivinó dónde iba. Esto le obligó a fruncir el entrecejo y con voz autoritaria, gritó:

—¡Sam, ven aquí! ¿Dónde vas?

—Vete al infierno—gritó el joven sin detenerse—. Tengo permiso de quien puede, dármelo.

Jeff miró a Crew. Este parecía una máscara de hielo, y el pistolero preguntó:

—¿Es cierto, Crew?

—Sí, me ha pedido permiso para hacerla un regalo...

Jeff se levantó y, acercándose a él, dijo:

—Supongo que no irás a pensar,.. Sam es un chico, a pesar de su fama de hombre duro...

—No quiero pensar nada, Jeff. Tengo un modo muy especial de mirar las cosas y me considero muy hombre para que nadie intente darme una cuchillada por la espalda en ningún terreno. Espero que lo comprenda así tu hermano, y que tú le ayudes a hacérselo comprender.

—Lo haré, aunque me gustaría que no fuese tan chiquillo.

—¡Bah!, Margaret es una mujer atractiva y cariñosa. Eso no quiere decir que la tenga para que se recreen con ella mis amigos. ¿Estamos?

Y, dando media vuelta, se dirigió al mostrador a despachar a unos clientes que acababan de entrar, al tiempo que los pistoleros abandonaban el bar.



CAPÍTULO II

EN LA BOCA DEL LOBO



RÁGICA coincidencia fue para alguno que Sol King después de hacer escala en Roswell, siguiese el curso del río Pecos y llegase a Dayton precisamente al siguiente día de producirse el asalto al Banco Ganadero por la cuadrilla, de Dolf Wilde, Lew Coe y Cornel Hall.

El pueblo se hallaba revuelto y consternado por el escandaloso suceso, y el *sheriff*, loco, sin hallar rastros de los salteadores.

Estos se habían amparado en el curso de ambos ríos para borrar sus huellas y nadie sabía si habían seguido Pecos abajo, para ganar la divisoria con Texas, o si habían derivado a la izquierda, siguiendo río Peñasco, para ampararse en los montes de Mescalero Apache o quién sabía si para perderse en el extenso valle de Sewen River.

Sol curioseó entre los grupos y cuando se enteró minuciosamente de todos los detalles y, en particular, de las señas personales de los salteadores, a quienes algunos empleados habían podido ver claramente salvo sus rostros amparados por antifaces burdos, creyó reconocer a alguno de los audaces forajidos, y se dijo que había llegado la hora de preocuparse de ellos, pues hacía tiempo que venía siguiendo la pista a media docena de terribles indeseables, cuyo rastro se diluía en el corazón de Nueva México.

Dolf Wilde era uno de los elementos que más le preocupaban, pues había querido reconocer sus señas personales en uno de los atracadores. También existía Jeff Saff, a quien persiguió cierta vez por los montes de Santa Cruz, perdiendo sus huellas, y un llamado Nigel Nitchel, del que había oído contar cosas audaces, y sentía la vehemente pretensión de localizar a aquellos terribles individuos para limpiar un poco la región y llevar el sosiego a muchos ranchos, Bancos y casas de postas, que se hallaban aterrados por la presencia inopinada en todo el Sur de Nueva México de tales elementos.

Después de dudar mucho y darse a ponderar la mentalidad de

los salteadores, optó por seguir el curso del río Peñasco en busca de sus huellas. Le parecía más propio que se hubiesen corrido al interior de la región, donde la autoridad estaba más ausente en presencia que a lo largo del Pecos, donde la vigilancia era más severa.

Cuando aquella noche llegó a Hope, unas veinte millas más a la izquierda de Dayton, supo algo que le agradó en extremo. Alguien, que habitaba en una casita de las afueras del pueblo, había visto cruzar a caballo tres jinetes que procedían del rio y cuyas señas coincidían con las que Sol adquiriera en Dayton.

Seguro de ir bien encaminado, siguió su ruta hacia el Oeste y al caer de una tarde dio vista a Peñasco.

Peñasco era un pueblo casi aislado en el irregular cuadrilátero que forman por el Este, el río Pecos; por el Norte, el Peñasco; por el Sur, río Hondo, y por el Oeste, Mescalero Apache, con sus intrincados cañones y sus reservados indios, muy acogedores para los indeseables.

El poblado lo compondrían unos seiscientos individuos, y por su aislamiento de toda ruta de comunicación no era fácil estar en contacto con los pueblos de importancia y menos con Roswell o Santa Fe, donde radicaba la autoridad suprema.

Lo que meses atrás fuera un poblado tranquilo y alegre, habíase visto convertido en un infierno, en el que el vicio, el escándalo y la pólvora reinaban como dioses supremos, aparte de haberse convertido en descarada lonja de todas las transacciones ilícitas que se llevaban a cabo en la región.

El botín de asaltos a Bancos y diligencias, los hatajos sustraídos en los contornos, todo iba a parar a Peñasco, y saliendo de allí para sus misteriosos destinos, el pueblo había adquirido un movimiento comercial inusitado, aunque la gente honrada de Peñasco vivía en una inquietud perpetua al verse mezclada con la balumba de indeseables que infestaban el lugar y, a veces, más expuestos a ser víctimas de sus iras y peleas, cuando no de sus exigencias deprimentes.

La juventud femenina vivía recluida en sus casas por temor a ser objeto de vejaciones y groserías, que era muy peligroso intentar castigar, y la gente que poseía algo que perder se hallaba constantemente amenazada de verse privado del fruto de su trabajo, pues cuando los forajidos se encontraban mal de dinero, no sentían escrúpulos en exigírselo a los contribuyentes que lo poseían.

Sol había alcanzado los arrabales del pueblo, cuando le llamó la atención ciertos papeles clavados en los troncos de los árboles, y al acercarse a ellos y echarles un vistazo se sintió asombrado por el contenido.

Firmado por el juez del pueblo, se solicitaba un *sheriff* de determinadas condiciones, ofreciendo como gratificación por el cargo quinientos dólares por mes.

Hallábase embebido en la lectura de uno de los pasquines, cuando un granjero que cruzaba a caballo por la senda se detuvo junto a él y, señalando el papel, comentó:

—¿Qué hay forastero, le tienta la oferta?

Sol se encogió de hombros y contestó:

—No está mal; quinientos dólares al mes y ciertas gabelas no son de despreciar. Es cosa de pensarlo.

—Sí, es cosa de pensarlo, y después pasar de largo por el pueblo. No tiene usted pinta de forajido y, si vale el consejo de un hombre honrado, no se sienta pez y pique en ese cebo peligroso.

—¿Por qué?

—¿No le choca a usted que un juez de un pueblo como éste tenga que anunciar que necesita un *sheriff* tan bien pagado?

—¡Pues es cierto!... ¿Qué sucede?

—Nada anormal—dijo irónico el granjero—, salvo que en tres meses hemos enterrado a los cuatro *sheriffs* que han usufructuado el cargo.

—¿Hay epidemia en este pueblo para los representantes de la Ley?

—Terrible. Una epidemia de tiros que ni entre los más indeseables del poblado se encuentra quien se sienta tentado por la oferta. Si le parece poco.

—¡Caramba, no; es demasiado! ¿Quién tiene en sus manos ese vendaval de plomo?

—Medio pueblo en lo que a los que le infestan se refieren, pero, en justicia, desde los hermanos Saff a Crew Grahan, el dueño de «El Salvaje Oeste», son ocho o nueve elementos que sólo un *sheriff* hecho a la medida podía barrer de Nueva México, y el *sheriff* a la medida que ellos solicitan es para todo lo contrario.

Sol tembló de alegría al oír nombrar a los hermanos Saff y, fingiendo un aire inocente, repuso:

—Me asusta usted; de todos modos, voy a dar un vistazo al pueblo a ver qué hay por él. A lo mejor me va el cargo y me quedo.

El granjero se dispuso a partir, pero antes advirtió:

—Bueno, si es usted un granuja, confío en no verle más a mi vuelta, y si es un hombre honrado, tampoco le veré; pero le prometo llevar unas flores a su tumba.

Y, picando espuelas, siguió su camino, mientras Sol se disponía a penetrar en el pueblo.

Antes se detuvo a meditar atentamente la actitud que debía adoptar. No sabía si le convenía presentarse como un hombre listo

que sabía usar de su cerebro para no complicarse la vida, o como un necio fanfarrón sin nada dentro de la cabeza, que no inspirase temor a nadie, y tras estudiar los pros y los contras tomó una determinación.

Enterró en un lugar fácil de reconocer sus famosas pistolas. Escondió una debajo de su sobaco para usarla en casos de apuro y, tomando una muy vieja que había arrebatado a un vaquero en una pelea, la desarmó de tal forma, que no fuese usable.

Esta arma inútil la guardó en la funda que pendía de su cinto, y así pertrechado hizo su entrada en el pueblo, orientándose para localizar «El Salvaje Oeste».

Cuando por fin encontró la peligrosa taberna-bar, ya había anochecido, y el establecimiento se hallaba muy concurrido, comentándose en voz alta los anuncios que el juez había hecho colocar en los alrededores del poblado. Sol penetró en el bar con aire desenfadado, como individuo a quien nada en el mundo le preocupa, y sentándose en una mesa vacía, próxima al mostrador, solicitó una absenta.

Al otro extremo, Crew, en unión de Jeff y de Dolf, que parecían haberse reconciliado, o cuando menos haber diferido sus recientes rencillas, conversaban en voz baja, cuando el tabernero, que poseía una aguda vista, clavó sus ojos en Sol y, dirigiéndose a los dos pistoleros, preguntó:

—¿Quién es ese tipo que acaba de entrar?

—No sé—dijo Jeff—, no le he visto en mi vida.

—Es un chico guapo y no parece muy cortado. Tiene tipo de *cowboy* huido de Texas o del Sur.

Dolf, dirigiéndose a Crew, dijo irónico:

—¿Le sirve para *sheriff*? Acaso le haya tentado el anuncio.

—Oye, me has dado una idea. Voy a sondearle.

Se acercó a Sol, que le miraba con el rabillo del ojo, y contemplando el vaso que tenía delante, preguntó:

—¿Desde cuándo los hombres de su tipo beben en el Oeste esas porquerías?

Sol se encogió de hombros, contestando:

—Desde que el *whisky* está tan caro que no hay bolsillo, como el mío, que lo resista.

Crew tomó el vaso, arrojó el contenido sobre las tablas del piso y ordenó:

—Servir a este guapo mozo un buen vaso de *whisky*. Yo le invito.

—Muchas gracias—dijo Sol—. Me vendrá muy bien para barrer el polvo del gaznate.

—¿De muy lejos?—interrogó Crew.

—Pues sí. De allí.

Pero no señaló de dónde.
Crew, sonrió, insistiendo:
—¿Y ahora, muy lejos?
—Posiblemente… No ando bien de salud y buscaré climas templados.
—El de aquí es ideal, sobre todo cuando lo garantizo yo y varios amigos míos… ¿Ha pensado en ello?
—No, no había pensado.
—¿Tampoco ha leído unos anuncios que hay a la entrada del pueblo?
—¡Oh, sí! Pero si cree que me pueda venir a la medida el cargo, creo que me juzga mal. Manejo pésimamente las armas y para una vez que acerté, madrugando, pues…
—No es obstáculo, amigo. No necesitamos un *sheriff* que maneje bien el revólver, porque lo sabemos manejar por él. Nos basta con que se cuelgue la estrella al pecho, intervenga en las pequeñas rencillas de la gente de orden, cobre su mensualidad puntualmente y ande muy mal del oído y peor de la lengua. Con esto, aquí se puede vivir muy feliz…
—¿Sin que vengan de fuera a hacer preguntas que pueden ser molestas?
—Aquí no pregunta más que quien nosotros queremos y el que responde soy yo y media docena de amigos.
—¿Garantías?
—Dos docenas de *colts* que cuando ladran no hay quien los aguante…
Sol se quedó un momento pensativo y repuso:
—¿Sabe usted que me parece que me va a convenir?
—Eso estoy creyendo hace un rato.
—¿No hay más trucos debajo?
—No, siempre que mida usted el largo de su lengua y la vibración de su oído. Si la primera es muy corta y la segunda flojísima, creo que basta.
—Pues le diré. Soy perezoso hasta para hablar; me duermo en el filo de un cuchillo y apenas oigo, ni me interesa más que me dejen dormir… No sé si valdrá.
—Parece que sí. ¿Qué era usted allá abajo?
—Pues, primero granjero; luego quise ser *cowboy* y lo único que aprendí bien fue montar a caballo. El lazo se me da mal y el revólver pésimamente. Un día se burlaron tanto de mí, que probé a machacarle a uno la cabeza con una barra de hierro. Era para mí mejor que un revólver y me salió bien; pero… bueno, ¿para qué hablar más?
—En ese caso, si le conviene, le daremos posesión

inmediatamente.

—Bueno, confío en su palabra. Tiene usted cara de ser honrado y espero que no me engañe.

—No, no le engañaré; pero procure pagar en la misma moneda. Aquí el primero soy yo, y después, media docena de amigos, y alguno que no lo es, que le presentaré.

—Encantado de conocerlos.

Crew, poseído de que había hecho una gran adquisición, se dirigió al mostrador, donde Jeff y Dolf seguían curiosamente sus movimientos y cambió con ellos impresiones en voz baja. Los dos asintieron con la cabeza baja, y entonces Crew se colocó en el centro del amplio rectángulo, y dando unas sonoras palmadas, reclamó silencio.

El mosconeo de las conversaciones, el ruido de las monedas y el tintineo de los vasos cesó como por encanto, y Crew, dirigiéndose a todos, exclamó:

—Muchachos, voy a daros una grata noticia. ¡Ya tenemos *sheriff*!

Todos se levantaron a una, alargando el cuello en busca del audaz suicida que había aceptado tan peligroso cargo, y Sol se vio objeto de todas las miradas y escudriñado por docenas de ojos inquietos y recelosos.

La clientela que honraba «El Salvaje Oeste» era lo más destacado, dentro de la hez que frecuentaba aquellas latitudes. Ningún hombre decente se hubiese sentido capaz de alternar en un lugar donde sólo se reunían pistoleros, cuatreros, tahúres y demás gente señalada por el brazo de la ley; pero a Crew esto no le inquietaba, porque con aquella clase de parroquia, que era la más numerosa y la que mejor se gastaba el dinero, tenía suficiente para defender su negocio.

Crew se acercó a Sol y, haciéndole señas para que se levantase, le presentó, diciendo:

—Aquí le tenéis. Le ha entusiasmado el cargo y está dispuesto a satisfacer a tan honrados miembros de este pueblo, mostrándose digno de vuestra confianza.

Jim Saff, que bebía solitario en un rincón y Cornel Hall y Lew Coe, que jugaban una partida mano a mano algo alejados del mostrador, miraron inquisitivamente a Sol. El primero se limitó a entornar los ojos y los otros dos comentaron entre sí:

—¿Qué te parece el mozo?

—No sé—dijo Hall—no quiero juzgar por adelantado. O es imbécil, o se trata de un pájaro de cuidado. No sé cuál será el criterio de Dolf, ni qué habrá visto en él Crew para aceptarle tan de sopetón. Esperemos, pero sin confiarnos.

—Le pondremos a prueba—dijo Coe—. Tengo un medio para

cazarle si es un chivato. Ya te lo diré.

Sol, adoptando un aire desenfadado, pero sin malicia alguna, se creyó obligado a decir algo, y tomando el vaso lo sostuvo a pulso mientras hablaba:

—Mis queridos amigos—dijo—, me siento tan honrado al prender próximamente en mi pecho la estrella de *sheriff* de este digno pueblo, cosa en la que jamás había soñado, que no sé qué deciros para expresar mi alegría. Creo que será bastante con que afirme que en mí encontraréis, más que a un rígido representante de la ley, un amigo y un compañero que sabrá apreciaros y seros útil a medida de sus fuerzas... ¡A vuestra salud!

Todos sonrieron con ironía al oír la afirmación. Si su deseo de ser un amigo y compañero de ellos era una frase hueca, demostraba que era tonto y no se había dado cuenta del alcance de lo que había aceptado, y si encerraba una segunda intención, resultaba más listo de lo que parecía.

Una ovación cerrada acogió el breve discurso, y una docena de vasos le fueron ofrecidos voluntariamente, en el momento en que una voz, ruda y autoritaria, gritó desde la puerta:

—¡Un momento!... ¿Me permitís que recree mis preciosos ojos en ese bibelot a quien habéis nombrado *sheriff* por votación particular y espontánea? Creo que, al menos, tengo un derecho a saber quién es el que me puede pegar un tiro impunemente o colgarme de un roble si se le antoja.

Crew apretó los labios y murmuró:

—¡Nigel Nitchel! ¡Me parece que se está poniendo demasiado pesado!

—Tal creo yo—afirmó en voz baja Jeff.

Sol volvió el rostro y, al enfrentarse con el irascible pistolero, tuvo que realizar un esfuerzo muy poderoso para no sacar la pistola de debajo del sobaco y disparar sobre él; pero, conteniéndose, adoptó un aire alegre y sonrió de una manera jovial e inexpresiva.

Nigel avanzó en medio de la expectación general y, acercándose a Sol, pareció clavarle sus agudos ojos en el rostro. Luego preguntó con voz suave:

—Bien, señor *sheriff*. ¿Cómo se llama usted?

—James—afirmó Sol rápidamente.

—¿Qué más?

—¡Caramba!... ¿Hace falta más? Si es así, no me acuerdo.

—Bien, quizá no haga falta más. Con eso y con firmar con la huella del pulgar de la mano derecha acaso baste.

—¡Oh, sí!—se apresuró a decir Sol—. Se me olvidaba advertir que de letras ando pésimamente.

—No importa—afirmó Nigel—. Con tal de que de mano andes lo

mismo... ¿Qué tal disparas?

—¡Mal! Ya lo he advertido.

Nigel se quedó contemplando la culata del enorme *colt* que llevaba al cinto y replicó con duro acento:

—Y si yo te llamase embustero, ¿qué harías?

Sol no se detuvo a pensar lo que haría. Sentía tales ganas de quitar de en medio a Nigel que, sin decir palabra, alargó el brazo y colocándole un soberbio directo en el mentón, le hizo retroceder dos pasos.

—¡Esto simplemente!—afirmó poniéndose en guardia.

Nigel se vio tan sorprendido por la inopinada agresión que tardó algunos segundos en darse cuenta de que le habían pegado delante de sus propios compañeros, y lanzándose sobre Sol como una fiera le arrebató el revólver para ponérselo al pecho, al tiempo que rugía rojo de ira:

—¡Embustero!... El hombre que usa esta clase de revólveres no puede mentir afirmando que no sabe usar un arma. Eres un farsante que has tratado de engañarnos y ahora me toca a mí suprimir *sheriffs* indeseables.

Sol no alteró un solo músculo de su rostro, sonriendo interiormente al ponderar el ridículo que el pistolero iba a correr por segunda vez; pero se puso en guardia para evitar que, en su reacción, echase mano a su propio revólver, y Nigel, ciego de cólera, apretó por dos veces el percusor de la inútil arma, en medio de la expectación de sus compañeros. Por dos veces falló el tiro y aún repitió rabioso la tercera, y al observar que el forastero seguía impávido viéndole maniobrar con el impotente revólver sin eliminarle, como era su propósito, levantó el arma y la abrió con ira. Al observar que estaba hueca por dentro, el más vivo asombro se reflejó en sus crueles ojos, y Sol, adelantándose para colocarse a su lado y no permitirle que en su despecho le eliminase de verdad con sus propios *colts*, dijo fríamente:

—Cuando un individuo sabe manejar un revólver y teme verse expuesto a demostrarlo no lleva a la cintura ese cacharro que sólo sirve para asustar a los chicos.

—Me ha llamado usted embustero, y le exijo una rectificación; de lo contrario deberá avenirse a pelear con la única arma que sé manejar, que son los puños.

Nigel miró a todas partes como una fiera acorralada, al ponderar el paso en falso que había dado y, comprendiendo que el yerro había sido suyo y que acababa de aumentar la antipatía que sus propios compañeros sentían por él, adivinó que si seguía extremando su intemperancia se exponía a que le asasen a tiros entre todos, y, soltando una estridente carcajada, entregó el

revólver a Sol, diciendo:



...le arrebató el revólver.

—Perdone, *sheriff*, usted gana, y no tengo inconveniente en proclamar ante todos que me he equivocado. Es usted muy astuto y espero que esa astucia la emplee en defender su vida en lo sucesivo, cosa que no le será tan fácil. Si no me guarda rencor, ahí va mi mano y queda aplazado eso de los puñetazos para cuando exista un

motivo justificado.

Sol pareció aceptar de buen grado la excusa y se apresuró a estrechar la viscosa mano del pistolero; pero en el brillo especial con que le miró adivinó que si de alguien tenía que temer algo en Peñasco era de aquel ser impetuoso y cruel, a quien todos temían más que a una cobra.

El silencio ominoso que había reinado durante la breve disputa, quedó roto por una recia algarabía. Todos reían el desenlace imprevisto y admiraban la sabia conducta del nuevo *sheriff*, que prometía ser un elemento magnifico, puesto de su parte, mientras Crew, que no le había perdido de vista un segundo, murmuraba:

—Me parece que este duro muchacho me va a ser muy útil en lo sucesivo. Debo cuidar de él como de una planta delicada para que no se me malogre.

Docenas de vasos se levantaron en alto para brindar por el nuevo *sheriff*, y en aquel momento, en lo alto de la escalera que conducía a la galería que circundaba el salón, apareció una silueta femenina que causó en Sol una impresión vivísima.

Se trataba de una joven rubia como una espiga, alta, flexible, muy retocada de rostro para realzar más el carmín falso de sus labios un poco exangües y el rosado de sus mejillas pálidas. Vestía un llamativo traje negro de seda, muy descotado por detrás, y unos zapatos negros de raso, que daban a su pierna un encanto atrayente, mientras en sus manos refulgían las facetas de varias sortijas, que no eran baratijas precisamente.

Sobre su blanca garganta lucía un llamativo collar compuesto por piezas engarzadas, en las que brillaba el esmalte mezclado con algunas piedras preciosas. Era un collar antiguo, que debió pertenecer a alguna linajuda dama de la aristocracia europea.

La joven descendió gallardamente los pinos escalones y, alcanzando el salón en su centro, se quedó mirando a todos, como extrañada de aquella inusitada alegría.

Al girar sus grandes ojos negros, los posó un momento en la atrayente silueta de Sam Saff, el cual sonrió con orgullo al verla lucir su precioso regalo, y ella correspondió a la sonrisa con otra expresiva, que no escapó a la aguda percepción de Crew.

La joven se dirigió a él, preguntando con suave voz:

—¿Qué es esto, Crew? ¿De quién es el santo, que reina esta alegría tan inusitada en el bar?

Él sonrió de una manera enigmática y contestó:

—Es que es noche de grandes acontecimientos, querida. Hemos nombrado nuevo *sheriff* a este guapo mozo y lo estamos festejando. Supongo que será de tu agrado.

Ella se acercó a Sol y, tendiéndole su fina mano, afirmó:

—Pues claro que es de mi agrado si también lo es de todos vosotros.

Sol correspondió al saludo de una forma vulgar, adivinando que aquel era un escollo muy peligroso que había que mirar con precaución para no tropezar ligeramente en él, y la joven se volvió hacia Crew, sonriendo expresivamente.

Pero el tabernero, endureciendo los rasgos de su rostro, avanzó un paso y, después de mirarla fijamente, alargó la mano con brusquedad y dando un brutal tirón al collar lo desunió, quedándose con los trozos en la mano.

Margaret palideció ante el ultraje público que recibía; pero antes de que tuviera tiempo a protestar, Crew, con acento silbante, exclamó:

—Margaret, te he regalado infinidad de alhajas y entre ellas, lindos collares que se pudren en tus cajones. Me molesta que tu falta de tacto te haya movido a lucir precisamente uno que no es obsequio mío.

Sam, que había asistido a la escena desde su mesa, se levantó impetuosamente avanzando hacia Crew y gritó con los ojos fuera de las órbitas:

—¡Eres un cerdo, Crew! Te pedí permiso para hacerle ese pequeño obsequio y no pusiste reparo a él; ¿por qué ahora esta bofetada que carece de fundamento?

Crew le miró de un modo frío y repuso:



Margaret palideció ante el ultraje...

—Cierto que no me negué a que le hicieras el obsequio; no me opongo a que almacene cuantas joyas pueda significar un valor material para ella. Si me hubieses dicho que se lo regalabas con la idea de que debía lucirlo como una provocación o como algo que pudiese ser interpretado de manera deprimente para mí, te hubiese negado el permiso; ¿lo entiendes? Mientras Margaret esté bajo este techo no lucirá más joyas que las que yo le facilite, y me sobra con qué hacerlo.

Margaret, pálida como una muerta, estaba a punto de romper a llorar a causa de la ira que le había producido la escena, y Sam, más pálido que ella, tenía los dientes enclavijados y la mano derecha le temblaba con homicidas deseos de llevarla a la cintura; pero Jeff, que inmediatamente se había dado cuenta de la terrible escena que se podía producir entre ambos, se adelantó y tomando a su hermano por el brazo, gritó rudamente;

—Eres un chiquillo, Sam, y además un chiquillo necio. Te advertí que hay cosas que aun hechas sin malicia podían ser mal interpretadas y no quisiste oírme. Ahora debes sufrir las consecuencias.

Sam rechinó los dientes y, arrastrado por su hermano, rugió:

—¡Es un cerdo, Jeff!... ¡Eso no se hace conmigo!...El podrá ser quien es, pero se olvida quién soy yo, y eso no se lo perdono.

Jeff le sacó a la fuerza del bar, mientras Crew, encogiéndose de hombros, se volvía hacia Margaret, quien erguida, sin decir palabra, le seguía con los ojos, en los que brillaba una luz de cólera que al estallar debía ser terrible.

El, sin hacer caso de su amenazadora mirada, advirtió:

—Creo que el asunto no merece la pena, muchacha. Siento haberte tenido que dar esta lección de dignidad, pero no ha sido por ti, sino por él. Hace tiempo que me está molestando con tus «chiquilladas», y cuando se presume de hombre y se lleva un revólver al cinto hay que dejarse el biberón en casa... Señores: les invito a ustedes para borrar el mal efecto de esta escena.

Las botellas fueron descorchadas y la alegría volvió a reinar en el bar.

Aquel asunto era cosa íntima de Crew, y sólo a él correspondía dilucidarlo.

Crew, al observar que Margaret dignamente volvía a ascender la escalera desapareciendo por la galería, tomó del brazo a Sol y advirtió recalcando las frases:

—Muchacho, si quiere dormir tranquilo, no haga caso jamás de una sirena con el pelo rubio, los dientes blancos y el pie pequeño. Se expondrá a serios contratiempos.

Sol, comprendiendo la intención, replicó:

—No creo complicarme la vida como usted señala; pero si lo hago será cuando encuentre una cabellera negra, unos ojos azules y un cuerpo con sesenta kilos. Me gustan metidas en carnes.

Crew, agradeció la respuesta ingeniosa y, llevándoselo a un rincón, comentó:

—James, me ha parecido usted un muchacho muy discreto, de los que a mí me gustan y de los que he encontrado pocos aquí. Creo que le puede ir bien en el cargo si sigue así y se deja guiar por mí. Ahora no olvide que se ha echado usted un mal enemigo en Nigel. Es un salvaje. Yo aprecio a todos, pero si Nigel tuviese un mal tropiezo, no rompería a llorar. Tampoco lloraría mucho por la muerte de un niño como Sam, que solamente es un niño para lo que quiere, ¿comprende?

Sol, abriendo mucho la boca, repuso:

—Tengo un sueño horrible, y cuando tengo sueño se me quitan las ganas de hablar y apenas oigo palabra... ¿No podría irme a la cama?

—¿Cómo no?—repuso Crew, sonriendo ante la contestación—. Se lo ha ganado usted y debe irse. Venga que le acompaño a sus oficinas. Tengo la llave en mi poder.

CAPÍTULO III

UNA SORPRESA TRAGICA



OL encontró las oficinas muy confortables y el lecho bastante blando. Llevaba muchos días sin apearse del caballo y durmiendo al raso, y aquella cama le pareció un lecho de ensueño junto a la dureza de las peñas y la humedad de las praderas.

Sin preocuparse mucho de los peligros que le acechaban en aquel poblado, donde el recelo y la envidia tenían su trono y él iba a servir de parachoques, durmió de un solo tirón, y a la mañana siguiente, cuando apenas se había levantado, Crew le fue a buscar para llevarle a casa del juez a que jurase el cargo, pues, aunque todo aquello no fuese más que una farsa, el tabernero era amigo de cubrir todas las apariencias oficiales.

El juez era un vejete simpático y afable, de rostro demasiado colorado para ser natural, exangüe de labios, burlón de ojos y con unas blancas patillas que le cubrían medio rostro y le prestaban un aspecto de hombre honorable, incapaz de representar el papel que tenía encomendado.

Después de tomarle juramento y prenderle la estrella en el pecho, le felicitó efusivamente por su decisión de cumplir tan sagrado deber, y tras recomendarle que se aconsejase de Crew que era un hombre ducho y ecuánime, prometió pasar a charlar un rato con él por sus oficinas, pues decía aburrirse mucho en su casa, sin grandes cosas que hacer, ya que aquel pueblo era un paraíso perdido en el centro del Oeste.

Y en efecto, no habían pasado dos horas cuando se presentó en las oficinas, portando un enorme frasco de coñac que guardaba celosamente en el bolsillo trasero de su amplia levita de corte Príncipe Alberto.

Joe Rossland echó un profundo vistazo en derredor y, al convencerse de que Sol se hallaba solo, tomó asiento en una silla junto a la mesa y tras colocar la botella en el tablero, exclamó:

—Bueno, James. Espero que no desdeñará un buen trago de esta magnífica medicina. Un *sheriff* de sus arrestos debe tener un buen

gaznate para trasegar una pinta de coñac sin hacer una mala mueca.

Sol rechazó el convite arguyendo:

—Muchas gracias; pero opino que, aunque me guste, no debo beber. He observado que la bebida hace hablar a los mudos y que por hablar mucho se exponen a quedarse después mudos para siempre.

El juez apuró un buen trago en la misma botella y, secándose los labios con el dorso de su arrugada mano, exclamó:

—Sí, es cierto, los he conocido demasiado locuaces que han pagado cara su charlatanería. También los he conocido que hablaban poco y pagaron caro el no hablar. Peñasco es un poblado demasiado raro para ser entendido.

Sol creyó adivinar en el viejo un deseo de decir cosas y discretamente afirmó:

—Pues usted parece que lo entiende bien. He observado que le tienen respeto y velan por usted.

—¡Oh sí, eso sí!, como podían velar a un cordero que estuviesen engordando para meterle la dentellada en el momento preciso. Lo malo es que no voy a ser yo sólo el cordero expuesto a servir de plato fuerte en el festín.

Sol, discretamente, comentó:

—¡Bah! Hay corderos que por ser demasiado duros de hincar el diente hay que despreciarlos como plato exquisito.

—Pero esa confianza sería admisible cuando no se expusiese uno a que se enterasen solamente a la hora de morderle… He ahí el inconveniente.

Enmudeció, volvió a echar un nuevo trago y luego, animándose, miró con sus ojillos burlones a Sol y preguntó de repente:

—Dígame, James, si es que en verdad se llama usted así, cosa que dudo… ¿Qué diablos le ha impulsado a usted a aceptar tan peligroso empleo sin siquiera pararse a meditar sus pros y sus contras?

Sol se mostró sorprendido de la pregunta, pero recordando las advertencias de Crew, replicó cautamente:

—¿Acaso no es bueno para un proscrito? Entre andar por las montañas expuesto a un serio tropiezo, a encontrarme protegido por esta estrella, la elección no es dudosa.

—¿Con que clase de protección cuenta? ¿Acaso es tan tonto que ignora que es más peligroso estar aquí anclado con enemigos como los Saff, Nigcl, Dolf y compañía, que huir por los cañones burlando a los *sheriff*? No, amigo; usted no tiene cara de tonto y yo tampoco lo soy para aceptar sus explicaciones.

Sol se puso en guardia. Adivinaba que el juez no era un patán obtuso y ensoberbecido como los pistoleros que le habían aceptado

de tapadera y temía sus sutilezas que podían serle fatales, si era él, y no Crew, el cerebro conductor y amparador de aquel hatajo de indeseables.

Reaccionando, contestó:

—No lo sé, pero lo he pensado bien. Si me mantengo en un terreno neutral, espero vivir lo suficiente para que se olviden de mí por allá abajo.

—Se olvidarán de usted porque vivirá poco, yo se lo pronostico. Escúcheme, James. Me ha sido usted simpático y voy a hablarle con el corazón en la mano aunque ello pueda causarme serios peligros.

"Yo no soy tonto ni un hombre vulgar, como me creen estos indeseables. Hace algunos años fui un hombre notable en el Este. Tenía una carrera brillante, vivía bien y gozaba de excelente reputación. Una mujer me arruinó moralmente y me entregué al juego y a la bebida. De tumbo en tumbo fui descendiendo hasta el abismo y despreciado dignamente por la sociedad que me había mimado, me vi precisado a lanzarme a los caminos viviendo como podía, que no era muy bien.

"Un día, cuando huía de cierto poblado donde cometí algo que interesaba a un *sheriff* aclarar, tropecé con Crew en una diligencia. Yo estaba borracho como acostumbro, y no sé lo que le dije; debí contarle mi historia efectiva y mi situación. Él, entonces, me acompañó y cuando al día siguiente me encontré sereno, me propuso aceptar el cargo de juez en este pueblo. Estaba vacante la plaza —creo que por los mismos motivos que estaba vacante la de *sheriff* cuando usted llegó aquí— y me la ofreció por contar con influencias para que me la otorgaran. Mi misión era sencilla: refrendar todos los actos vandálicos e ilegales que se cometieran aquí y ser un instrumento ciego de su juego y de sus latrocinios. Acepté. ¿Por qué no? ¿Qué escrúpulos podía yo alegar cuando, en potencia, era uno de tantos? Acepté y llevo año y medio sirviendo sus intereses a cambio de una vida sedante y una gratificación espléndida para que no me falte el *whisky* o el coñac, sin los que no puedo vivir. Hasta ahora, mi conciencia ha sido algo muerta, creo que lo es totalmente y no he sentido escrúpulo alguno en servirles a su medida, pero, algunos ratos —no muchos— he notado dentro de mi algo que se sublevaba hondamente mi conciencia, no tan pervertida como la de ellos, me ha acusado intensamente de ser un malvado y si logré acallarla, fue diciéndome que en puridad ninguno merecía poner al diablo una vela por su alma, cuando un alma de estas volaba a los infiernos. ¿Qué más me daba que suprimiesen a un *sheriff* granuja, para poner en su lugar otro más o que un forajido matase a otro si a final de cuentas, con ello se hacían entre sí una guerra sin cuartel y contribuían ciegamente a

ayudar a la justicia suprimiéndose unos a otros? A veces, he seguido este juego hasta con agrado y no saben que lo que creen que hice forzadamente, lo realicé con gusto precisamente por las razones aducidas.

“Anteayer mataron a Ellem. ¿Y qué? Ellem era un miserable cobarde sin dos dedos de frente, que sólo ansiaba amasar dinero, sin comprender que, al tiempo que abría un hoyo para guardarlo, abría su sepultura para enterrarse con él, y me pareció bien. Esperaba que nombrasen otro tan idiota como el muerto para suprimirle rápidamente e ir mermando el censo de indeseables; pero ahora, no; ahora las cosas han cambiado y ha sido usted el que incidentalmente ha entrado en el trágico juego. Le digo que no soy un patán y que conozco a la gente a simple vista. Si yo hubiese sido un adepto leal a esos gorrinos, hubiera dado cuenta de mis sospechas a Crew, que es el más listo y el más peligroso y acaso viviese usted lo suficiente para hacer testamento, pero me guardé de darle cuenta de mis impresiones y preferí hacerle a usted partícipe de ellas seguro de que obraba con más honradez.

“Usted no tiene cara de ser un forajido, ni siquiera de ser un tumultuoso fuera de la ley. Hay algo en usted especial, que si esa gente hubiese tenido vista y talento, habría descubierto en el primer momento y esto me ha hecho comprender que las cosas habían variado mucho. Ignoro su juego, pero algo intuitivo me dice que usted no es quien parece y que su presencia en el pueblo va a revolucionar mucho las cosas.

“Ahora, usted juzgue si debe mirarme con confianza o sin ella. Es posible que piense que le tiendo un lazo para obligarle a descubrirse y luego ir con el cuento a Crew. Créaselo si quiere; esto para mí es un arma de dos filos, pues igual puede ser usted quien vaya con su cuento a ese felino, que no es necio y termine por sospechar la verdad, con lo que mis días estarían contados, pero no me importa. Hay veces que me veo íntimamente tan indigno, que pienso en que mi purificación estaría solamente en recibir tres balazos como los que recibió Ellem por manos de esos tres buenos mozos de los Saff. Pero pase lo que pase, yo le digo a usted, que no sólo no creo en el papel que está representando, sino que le advierto para que se cuide mucho, pues está usted metido en una partida, donde hay ocho triunfos en contra de usted por dos a su favor. Vea cómo los juega o su perder será trágico.

Sol le escuchaba con el rostro convertido en una máscara de piedra y sus inquisitivos ojos clavados en los azules y burlones del juez. Sus nervios en tensión, le ponían en guardia contra sus palabras, pero una voz interior muy lejana, le hablaba al oído de que debía tomar en cuenta las palabras de aquel hombre, no tan

degenerado como parecía, y pensar si le convenía aliarse a él, aunque físicamente su ayuda podría ser muy poco eficaz.

Pero cautamente se reservó formar una opinión exacta de momento y mantenerse dentro del papel que había adoptado. Sonriendo enigmáticamente, repuso:

—Señor Rossland, creo que ha formado usted un juicio demasiado superficial sobre mí. Me achaca usted virtudes que desgraciadamente quedaron muy atrás, como le ha sucedido a usted.

El juez apuró un nuevo trago y arguyó:

—Quizá. Voy para viejo y la vista puede engañarme, pero usted es joven, siente ansias de vivir y puede regenerarse si es que lo necesita, y yo ni quiero ni puedo. De todas suertes, me iría tranquilo del mundo si entre tanta cosa mala como he realizado, hiciese alguna buena que me ayudase a redimirme.

—Los que estamos metidos en este Infierno no podemos aspirar a la redención.

—Será así. Sospecho que no le he convencido y no desespero de hacerlo con el tiempo. Me consuela creer que no será usted quien me descubra a Crew, abriéndole los ojos sobre mí. Algún día puede que le sea útil y entonces, acuda usted a mí para comprobar la sinceridad de mis palabras. Entre tanto escuche esto. Crew es el más astuto y el más falso de todos. Va a lo suyo, explota a los forajidos, y no le importará apelar a cualquier traición para deshacerse del que le resulte un estorbo. Hay uno, el más señalado por peligroso, que es Nigel. Es un bárbaro impetuoso, ciego y lleno de soberbia, que algún día se clavará él mismo en el pecho la bala que redima al mundo de su innoble presencia. Después, queda otro a quien empieza a odiar con toda su alma y si no le ha suprimido ya por su propia mano, es por temor a la reacción de sus hermanos; me refiero a Sam Saff. Sam, tiene procedimientos infantiles, pero es duro de pelar y poco ducho en ocultar sus sentimientos, quizá porque fía en su revólver. Sam se ha encaprichado de Margaret, y lo malo es que Margaret ve con buenos ojos el asedio amoroso. Ella es coqueta, pueril y caprichosa. Crew no es un Adonis y Sam es mucho más joven y más guapo. Me temo que un día rebase la raya que Crew ha trazado para permanecer a la expectativa y surja el drama; pero Crew, que no es tonto, procurará que sea otro el que le libre de esa pesadilla para no chocar a un tiempo con sus otros dos hermanos. Esté usted alerta por si un día, sobre el peligro que corre en su cargo, le fuerza a sacarle las castañas del fuego eliminando a Nigel y a Sam… Ya sé que usted ha presumido de no saber disparar un arma y se lo han creído, pero yo no me he tragado ese anzuelo. Usted tiene cara de ser algo serio con un *colt* en la mano y esa

confianza es la que le sostiene a usted en el papel que representa; pues viva con la seguridad de que en un caso apurado, surgiría en sus manos como por arte de magia un revólver, que sería un salvoconducto y el pasaporte definitivo para el cándido que creyera cogerle desprevenido.

Sol se sintió sobrecogido al oír sus últimas frases. Empezaba a temer y a admirar a aquel demonio de viejo, que parecía leer en el fondo de las almas y extraer de ellas sus más íntimos secretos.

De modo inconsciente llevó la mano debajo de su sobaco y con cautela extrajo el pequeño revólver que guardaba allí. Estaba temiendo, no sabía por qué, tener que emplearlo.

De súbito, la puerta se abrió de un terrible puntapié y las figuras de Lew Coe y Cornell Hall se dibujaron briosamente en el vano de la puerta, esgrimiendo de un modo amenazador en sus manos sus temibles *colts*.

La escuálida figura de Coe, en cuyo rostro la sonrisa sardónica que se bocetaba aparecía más horrible que nunca, se adelantó ordenando:

—¡Arriba las manos! ¡No se muevan!

Sol adivinó que la tragedia iba a empezar y, obedeciendo levantó los brazos al alto, dejando sobre sus rodillas apoyado el revólver, pero su postura, sentado detrás de la mesa, impidió a los forajidos darse cuenta del detalle.

El juez trocó su rostro colorado en verdoso y con trabajo levantó los brazos, mirando intensamente a los bandidos.

Coe, rabioso gritó:

—¿Conque conspirando entre los dos, no es así? ¡Por algo yo no me tragué el anzuelo anoche y decidí poner en práctica mis propios medios para descubrir la verdad! Lo que no sospeché es que me la diesen descubierta tan pronto.

Sol, fríamente, repuso:

—Me parece que el recelo les ciega. Aquí no había tal conspiración ni nadie ha pensado en traicionar a nadie.

—¿No, verdad? ¿Crees que no hemos oído parte de la conversación ocultos detrás de esa puerta? Veníamos a ponerte a prueba, pero este viejo estúpido es el que se ha adelantado a descubrirse y a descubrirte.

—Faltáis a la verdad. Yo estoy seguro de que el juez se había adelantado a vosotros y era el que me estaba poniendo un pie en la garganta para hacerme sacar la lengua. Si sois imbéciles que no lo comprendéis así, peor para vosotros.

El juez, sin hacer caso del gesto amenazador de los dos pistoleros, bajó los brazos, alargó su mano derecha a la botella, que sostuvo con pulso firme y sereno, y después de beber un buen trago

se volvió fríamente hacia Sol diciendo:

—No se moleste en disculparme, James. Se lo agradezco, pero soy hombre lo suficientemente entero para saber aguantar mi vela. Es cierto que he hecho manifestaciones que estos buenos mozos han sorprendido, por lo que veo, y no tengo por qué retractarme de ellas. Algún día tenía que saberse la verdad y ese día ha llegado; pero si creen que me asustan porque voy a morir, se equivocan. Estoy tan asqueado de la vida que me he obligado a llevar entre estas ratas de albañal, que prefiero caer como Ellem, a seguir soportando más su horrible hedor.

Sol se quedó tenso al oírle. Ahora era cuando se daba cuenta de la medida del carácter de aquel anciano entero, caído en la desgracia por causas ajenas a su propio instinto, y no sólo sintió admiración por su inútil valentía, sino que se dijo que sería cobardía en él abandonarle a su suerte y, volviendo el rostro a los dos pistoleros exclamó:

—Lo siento por él; si ha sido toda su vida un equivocado yo no tengo la culpa.

Coe se quedó un momento dudando y luego, sonriendo de modo feroz, se encaró con él, afirmando:

—Escucha, James. Con ser repugnante la traición de esta carroña, la prefiero a tu cobardía. Él ha sido lo suficientemente hombre para dar la cara a su suerte y tú, en cambio, tratas de emboscarte viéndote perdido; pero ni tú ni él os libraréis del castigo merecido. Son muchas las piedras que encontramos en nuestra senda para consentir que nos pongan otras nuevas delante de nuestros propios ojos.

Se apartó a un lado y con voz tonante, gritó:

—¡Sucias carroñas! Levantaos y salir ahí fuera. Os vamos a matar a la vista de todos, para que vean cómo nosotros sabemos defender nuestras vidas y nuestra libertad contra los traidores.

El momento culminante había llegado. Ya no cabía demora ni solución y Sol, comprendiéndolo así, midió con la mirada el sitio justo donde se habían colocado sus enemigos y al iniciar el movimiento lógico para incorporarse, bajó las manos como una centella y su revólver apareció sobre el tablero de la mesa, cantando su trágica sinfonía con una velocidad increíble.

Las dos detonaciones vibraron casi simultáneas y los dos bandidos, como si accionasen al compás, abrieron los brazos al sentir en el pecho, a la altura del corazón, los mortales impactos y, contra su férrea voluntad, dejaron caer las armas al suelo, al tiempo que, con un gesto de infinita impotencia, se llevaban las manos al pecho.

Durante un momento, ambos permanecieron en pie, como

asombra-dos de aquel inaudito hecho, y luego, girando macabramente, se inclinaron de lado cayendo uno sobre el otro en actitud grotesca.

Sol giró la vista a su izquierda y clavó sus ojos en el juez, el cual no se había movido de su silla y continuaba con la botella entre las manos. Aquel hombre poseía unos nervios de acero difíciles de igualar.

Miró de un modo especial a Sol y, sonriendo humorísticamente, exclamó:

—¡Bravo, James, ha estado usted sublime! Estaba segura de que tenía que suceder esto, Lo sabía y por eso no me apuraron mucho las amenazas necias de esos dos bergantes. Había adivinado la clase de hombre que era usted, y, aunque sufra su vanidad, le diré que le había visto sacar el revólver y esconderlo entre sus piernas. Dudó usted lógicamente de mí y tomaba sus precauciones, pero el destino ha intervenido para darle la medida de mis pensamientos. Supongo que ahora no tendrá la menor duda de mi sinceridad.

Sol, nervioso, replicó:

—No, no la tengo, pero creo que ya es tarde para una acción común. Me he visto obligado a descubrirme y no queda más que aceptar la pelea con la desigualdad que se presenta.

El juez se levantó y acercándose a él, dijo:

—No lo crea. ¡Pronto! Deme ese revólver y déjeme hacer; voy a salvarle y a salvarme. Después, Dios dirá.

Tomó el revólver y momentos después, en la puerta aparecía Crew con un derringer en la mano. Al observar el cuadro, se detuvo y, enfocando a ambos con su terrible arma, preguntó fríamente:

—¿Quieren decirme que ha sucedido aquí?

El juez señaló a los dos caídos, que ya no daban señal alguna de vida, y replicó:

—Algo poco interesante, Crew. Opino que te he hecho un favor, aunque sé que lo voy a gozar poco personalmente.

—¿Por qué? ¿Quiere usted hablar?

—No tengo inconveniente, Crew. Ese par de ratas sarnosas eran tan amigos tuyos como yo soy obispo mormón.

Crew fríamente, repuso:

—No supondrá usted que yo he creído nunca que nadie sea mi amigo aquí.

—Quizá no, y, sin embargo, yo me he tenido siempre por amigo tuyo y por creer serlo, he hecho lo que he hecho. Yo he matado a estos dos buenos mozos.

—¿Usted?—le preguntó incrédulo Crew.

—¿Acaso crees que yo no he sabido manejar nunca un cacharro de éstos? Yo sé muchas cosas que la gente ignora, ya que de mí sólo

cree que mi habilidad máxima es saber beber y aguantar el alcohol. Yo los maté en tu beneficio y quieras que no, tendrás que agradecerme lo hecho.



Las dos detonaciones vibraron...

—Cuando me explique el motivo quizá lo haga o no lo haga.
—Pues, el motivo es sencillo. Coe y Hall te hacían traición.
—¿En qué sentido?

—En el de querer forzar a este mozo simple a ayudarles en desventaja tuya. No eran tontos, aunque lo parecían, y se han presentado aquí con una pretensión. Les estorbas, o les estorbabas, no sé por qué razón, y han pretendido sobornar a James de una manera sutil, Su pretensión era que sembrase en ti la duda sobre la conducta de Margaret respecto a Sam, para que tú, perdiendo los estribos, matases a ese muñeco idiota y te vieses obligado a entendértelas con sus hermanos. Confiaban en que en la lucha caería Sam, caerías tú y caería alguno más de los Saff. Les estorban éstos también a los que odian y les estorbas tú. De esta manera les sacaba esas peligrosas castañas del fuego y no tenían que verse expuestos a quemarse.

Crew, con los dientes apretados, escuchaba interesado al juez. Este, conocedor de la psicología del indeseable, sabía cuál era su cuerda más sensible de tocar y la había pulsado con un acierto maquiavélico, seguro de deslumbrarle, obligándole a tragarse el anzuelo.

Crew rechinó los dientes y avanzando hacia él, le tomó furioso por las solapas de la levita, rugiendo:

—¡Pruébeme eso!

—¿Yo? No supondrás que tengo la facultad de resucitar a los muertos para obligarles a hablar; pero ahí tienes un testigo que además te es leal y lo corroborará. Coe y Hall pretendían que James sembrase en tu ánimo la duda, insinuando cosas que te hiciesen perder los estribos. Le prometían ponerse de su lado en todo momento si aceptaba y como James, valientemente, haciendo honor a su compromiso les advirtiera que su misión era ser ciego y sordo, le amenazaron con los revólveres, en el momento justo en que yo llegaba para charlar un rato con él. Les oía desde la puerta y adiviné que tenía que haber tiros, previniéndome. Cuando me vieron entrar, comprendieron que habían sido descubiertos y se revolvieron, pero me adelanté a ellos. Ya sé que ahora tendré que habérmelas con Dolf y que éste, gozando de una gran ventaja, me eliminará; pero al menos me iré del mundo con la satisfacción de haberte servido lealmente.

Sol, asombrado, le escuchaba aquella sutil explicación, y se decía que Rossland era un hombre extraordinario, con cuya ayuda iba a conseguir muchas cosas y muy prácticas y seguía, al mismo tiempo, las reacciones de Crew, quien, tocado en la fibra más sensible de su negra alma, sentía arder dentro de ella una horrible tempestad de ira y de celos.

Convencido de la explicación, guardó el revólver y acercándose a Joe, dijo:

—Muchas gracias, señor juez. Yo le ayudé a usted a escapar de

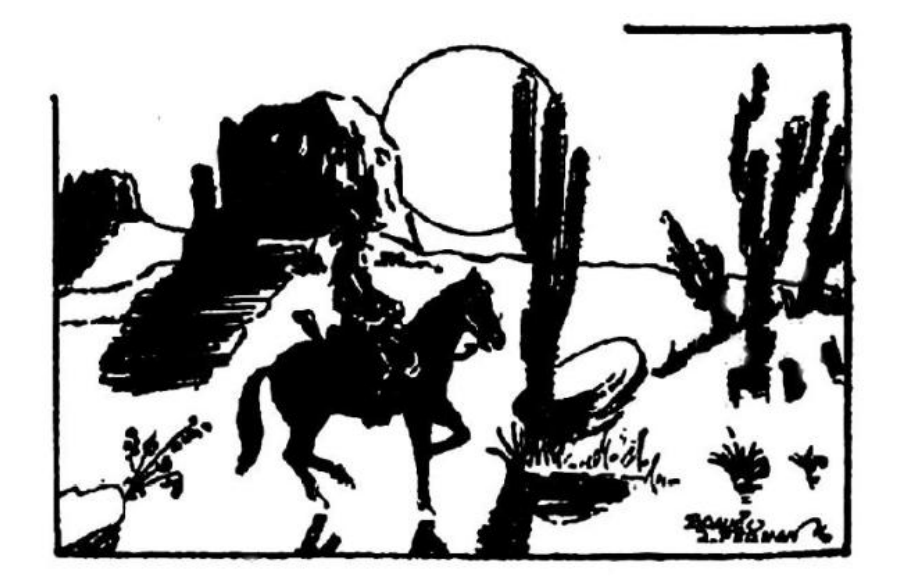
momentos peligrosos para su vida, proporcionándole una existencia tranquila y usted me ha prestado un gran servicio. Lamento que el motivo sea Margaret. Es algo que me estaba sospechando hace tiempo y que estos bestias no eran capaces de comprender, pero sí de explotar. No me ha pasado inadvertida la asiduidad de Sam para con ella, pero no soy ciego. Margare, es una chica joven y alegre, pero no la creo capaz de traicionarme. Me debe cuanto es y cuanto tiene y su carácter le hace tratar a todos con franqueza y alegría. Es Sam, quien demasiado fatuo, ha dado pie a estas habladurías y eso lo voy yo a cortar rápidamente. Puede que lo que pretendían estos cobardes se realice, pero no será por las causas que ellos querían fingir, sino por su raíz natural. En cuanto a James, le agradezco su entereza y su disposición a cumplir fielmente el compromiso adquirido. Aquí hay mucho pistolero, que presume de valiente y me han olvidado a mí, sin razón. Yo hablo poco y cuando es necesario hago mucho.

Hablaré con Dolf y le haré ver la verdad, y si se obstina en cobrarse sus bajas, tomaré parte en el saldo de esa cuenta como él quiera. Yo también sé manejar un revólver y nadie que me ha obligado a hacerlo, pudo decir después cómo sé emplearlo.

Luego, volviéndose a Sol, añadió:

—Ocúpese en sacar sin ruido a esas carroñas y entiérrelas o arrójelas a un basurero. En cuanto a usted, Joe, váyase a su casa, esté alerta por si hay sorpresas y déjeme a mí solucionar este asunto. Le prometo cortar las uñas a Dolf por las buenas y, si se niega, se las arrancaré.

Y dando media vuelta, abandonó las oficinas para volverse a la taberna.



CAPÍTULO IV

LOS LOBOS SE ENSEÑAN LOS DIENTES



L trágico final de aquella entrevista mañanera, corrió como reguero de pólvora por el pueblo. Las personas honradas se alegraron íntimamente de aquel principio de descomposición que se iniciaba entre los bandidos y hasta sintieron cierta simpatía por el juez, a quien miraban con malos ojos, pero, entre los forajidos, los sentimientos fueron más encontrados.

Los hermanos Saff, que fueron los primeros en enterarse, se mostraron fríos y reservados. En su fuero interno, se alegraban de aquel desenlace que les quitaba de en medio a dos enemigos terribles, pero un sexto sentido les advertía, que las cosas se iban agriando fatalmente y que un día podían ser ellos las víctimas, pues no ignoraban que el mismo sentimiento de odio que latía en su pecho hacia sus rivales, latía en el corazón de éstos hacia ellos.

Lo que ignoraban eran los motivos que el juez había tenido para suprimir a dos hombres tan terribles como ellos y, llenos de curiosidad, acudieron a la taberna de Crew a informarse por boca de éste.

Crew, que se hallaba bajo los efectos de una cólera fría, pero terrible, les acogió con frialdad, y como Jeff, el mayor de los hermanos, se sintiese molesto por su actitud, exclamó:

—Crew, creo que tenemos derecho a saber lo sucedido. Hemos acudido al *sheriff*, que, demasiado idiota, se ha negado a contestar, afirmando que su misión aceptada es ver, oír y callar.

—¿Te quejas por ello?—preguntó irónicamente Crew—. Habéis suprimido hace dos horas a un *sheriff* por demasiado hablador, y ahora que encontráis uno que es sordomudo, os enfadáis con él. ¿Qué queréis entonces?

—No es que nos moleste que sea parco en palabras, pero sí nos causa rabia que a nosotros nos oculte las causas de la pelea. No creo que sea un secreto tan terrible.

—Tú puedes opinar lo que quieras, pero lo es. Te diré más. Si

James abriese la boca para contar a nadie la causa de esas muertes, le levantaría la tapa de los sesos inmediatamente.

Jeff palideció al oír la fría amenaza y repuso:

—¿Quiere eso decir que nos está vedado conocer las causas? ¿Acaso nos afecta a nosotros?

Crew, después de un momento de duda, tomó una determinación y repuso:

—Os afecta, y puesto que os obstináis en que se pongan las cartas sobre la mesa, vamos a ponerlas crudamente. No soy hombre que aguante impertinencias de nadie y nada me importa que seáis tres contra mí, cuando sé que valgo, por lo menos, tanto como los tres juntos.

La afirmación era un insulto. Sam palideció, porque el corazón le decía que algo le afectaba a él el asunto y tuvo que hacer esfuerzos supremos para no iniciar un movimiento hacia el revólver, pero Crew, que le miraba de soslayo, advirtió:

—No rechines los dientes antes de tiempo, Sam, que eso te quita prestancia y te haces menos guapo. Tú has sido la causa de este suceso y vamos a entendernos para que no seas la de otros más trágicos.

"Coe y Hall han muerto por pretender obligar a James a sembrar en mi ánimo la duda sobre la conducta de Margaret respecto a Sam. James se negó a semejante vileza y le amenazaron cuando llegaba el juez. Este descubrió la idea y, antes de que le eliminasen, los eliminó el. Eso es todo.

Jeff, furioso, se revolvió, diciendo:

—¡Eran unos cobardes traidores! No tenían derecho a...

—Cállate, Jeff—advirtió Crew—; sí, tenían derecho. Lo extremaron en beneficio propio, pero lo tenían. Tu hermano es un idiota inconsciente, que ha dado motivo para que ellos sospechasen cosas de más bulto, y esto me ha puesto en una situación airada. Os dije una vez que soy demasiado hombre para consentir que nadie me dé una puñalada por la espalda, y lo repito. También te dije que tenía un modo muy especial de considerar las cosas y esperaba que tu hermano lo comprendiese y que tú le ayudases a comprenderlo, pero parece que no ha sido así. Yo creí que, después de lo que hice con el collar que Sam le regaló, bastaría para que éste comprendiese hasta dónde debía llegar y dónde debía detenerse, y no fue así. Ha sido tan fatuo y tan estúpido, que ha creído que podía minarme el terreno donde sólo había roca dura, y él carecía de armas para fabricar el barreno.

Sam, que le escuchaba con los dientes enclavijados, se revolvió gritando:

—¡Eso no es cierto! Tú ves visiones porque eres un celoso

terrible.

—Puede que lo sea, pero no lo fui hasta que tú encendiste la mecha. No es que te crea superior a mí para quitármela. Vales muy poco en ese terreno y te desafío a que lo intentes; pero, en consideración a mí, debiste abstenerte de todo trato con ella, sabiendo que me desagradaba y no lo hiciste por vanidad estúpida. Olvidaste que era tu amigo y que te había hecho favores grandes y fuiste a herirme en el sitio que más podía dolerme, ¿Pretendes que después de esto siga considerándote igual?

Jeff, más ducho, comprendía las razones de Crew y dijo:

—No te acalores, que no hay motivo, Crew. Comprendo que, exagerando las cosas, tienes un punto de razón, pero tú conoces a Sam. Sabes que es un chiquillo.

—¡Déjate de estupideces, Jeff! Cuando se tienen ya pelos en la cara y se blasona de llevar varias muescas en la culata del revólver, no se puede emplear la máscara de la infancia para ciertas cosas. Yo no soy tonto. Tu hermano es un tipo fanfarrón, acostumbrado a conquistar ángeles caídos en los tugurios de Santa Fe y Roswell y se ha cegado con sus éxitos de taberna barata. Por mucho que lo quiera disimular, yo sé que le gusta Margaret; por ella y quizá por conquistarla sería capaz de darme a mí un golpe en la espalda. Y estoy dispuesto a no consentirlo.

Sam, impetuoso, fuera de sí por los insultos velados que Crew le estaba administrando, no midió las palabras y preguntó con ironía:

—¿Cómo lo ibas a impedir si ella quisiera?

—¿Tendré que decírtelo?—preguntó Crew, tornándose lívido—. Ella no lo haría si alguien no le ayudase a hacerlo. El que lo intente tiene pena de la vida.

—¿Es una amenaza directa?—preguntó Sam.

—Todo lo directa que tú pretendes que sea, Sam; pero antes y por si te decides a poner a prueba su efectividad, escucha esto. Desde ahora, podéis buscaros otro lugar donde reuniros. Si me habéis de declarar una guerra a muerte, hacerlo desde una posición neutral. No puedo ser tan necio que tenga el reclamo en la jaula, y la abra para dejar paso al halcón. Si has de intentar llevártela, hazlo sin que yo dé ventajas para ello.

Jeff trató de disuadir a Crew de sus ideas, pero éste, firme en su resolución, dijo:

—Escucha, Jeff. Os he acogido mejor que a ninguno, os he prestado buenos servicios, he mantenido la impunidad de todos en el poblado dando la cara para ello, pero no lo haré más para recibir tal pago. Nada me debéis, os perdono lo que pueda haber a mi favor, pero maniobrar por vuestra cuenta y protegeros a sí mismos. Yo me desligo de vosotros. Creo que está dicho todo.

La conversación había terminado por parte de Crew, y los tres hermanos pálidos y rabiosos, se pusieron en pie.

Jeff, molesto por el trato, preguntó:

—¿Quiere esto decir que nos declaras la guerra?

—Quiere decir que me pongo en guardia contra ella.

Sam, perdido el control de sus nervios, tomó del brazo a su hermano, diciendo, descompuesto:

—Déjale ya, Jeff, no supliques cuando vales demasiado para no hacerlo. Si e1 lo quiere, así sea. Por mí parte, no estoy acostumbrado a que nadie me sirva de niñera. Hago lo que quiero y me atengo a las consecuencias.

—Así se habla, Sam. Ahora es cuando dejas ver que no eres un niño como pretende tu hermano Jeff. Haz lo que quieras, si te dejan. Eso es todo...

Los tres hermanos, furiosos, abandonaron la taberna. Los tres habían sentido unas terribles ganas de suprimir a Crew y esperaban que éste se fuese del seguro dándoles la ocasión apetecida; pero se marcharon rabiosos porque así no sucediera. Había lanzado amenazas, pero a posteriori, y había sabido medir sus amenazas para no darles ocasión a desenfundar los revólveres.

Sam, que era el más herido en su amor propio, se volvió hacia el bar con puño crispado, amenazando:

—¡Me las pagarás, Crew Grahan! ¡Te juro que te quitaré a Margaret y después te coseré a tiros delante de ella!

Jeff iba a protestar, pero se contuvo. Se había despertado en él tal odio hacia Crew, que ya nada le importaba lo que pudiese suceder entre ellos.

* * *

Si violenta había sido la entrevista de Crew con los tres hermanos, lo que poco más tarde se desarrolló entre aquél y Dolf Wilde alcanzó caracteres dramáticos. El forajido, que se encontraba ausente de Peñasco cuando recibieron muerte sus dos compañeros, se enteró horas más tarde y, como un meteoro, se presentó en el bar a pedir cuentas a Crew de la muerte de sus colaboradores.

Dolf no tenía confianza alguna en Crew. Le conocía mucho antes que el resto de sus compañeros y le sabia astuto, rencoroso, vengativo y artero para planear sus venganzas o sus golpes de mano, cuando alguien le hacía sombra en su vida.

Dolf penetró como una tromba y con la mano aferrada a la culata del revólver, se encaró con Crew, gritando:

—¡Crew! ¡Creo que me conoces para saber que no soy hombre a

quien se puede lancear como a un novillo! Quiero saber la parte que has tenido en la muerte de Hall y Coe y por qué.



Dolf penetró como una tromba...

Crew le miró fríamente y repuso:

—No amenaces neciamente, porque también me conoces y sabes que eso es muy peligroso. Nada he tenido que ver en ese asunto y si alguien tenía por qué querellarse contra ellos e incluso haberles

dado muerte por propia mano, soy yo.

—Demuéstramelo.

—Pregunta a los que han intervenido en ello. Yo llegué al ruido de las detonaciones y los encontré muertos.

—¿Qué cuento me han contado de qué fue el juez?

—No es cuento ninguno. Los dos amenazaban al nuevo *sheriff* para obligarle a que sembrase la cizaña entre Margaret y yo a propósito de las insinuaciones de ese imbécil de Sam. Querían que me enfrentase con los tres hermanos a ver si nos liquidábamos mutuamente. Eran dos cerdos indecentes.

Dolf, a quien no convencían las explicaciones, repuso:

—Ese es vuestro cuento, muy difícil de comprobar.

Crew le miró fríamente, advirtiendo:

—Me estás llamando embustero y no te lo consiento, Dolf... Me conoces y sabes que jamás he hurtado la cara a la verdad, si había que sostenerla a tiros. Eso me contaron y, como hay mucho de cierto en el fondo, no he visto nada en ello que no sea admisible.

Dolf, que no se resignaba a haber perdido a sus valiosos auxiliares, repuso:

—Bien, no te culpo a ti, pero... ni creo las patrañas de ese viejo borracho, ni me fío como tú de ese tipo de *sheriff* que finge ser un *cowboy* atontado y me parece algo más en el fondo. Yo averiguaré la verdad aunque tenga que desollar a alguno vivo, y, como hayan jugado a engañarme, te juro que alguien no lo va a pasar muy bien.

—De acuerdo, pero mira antes lo que haces, Dolf. Ambos son muy valiosos para todos y, si te equivocas y cometes una pifia, apresúrate a cometerla también conmigo antes de que tenga que pedirte cuentas.

Dolf se revolvió como una fiera, preguntando:

—¿Me amenazas?

—Interprétalo como quieras. No amparo mentiras, pero no tolero retos tontos. Creo que he dicho bastante.

Dolf se envaró al oír las hirientes palabras de Crew. Hombre duro y violento, era el más peligroso después de Nigel y jamás había tolerado una amenaza, siquiera ésta apareciese embozada con referencia a un posible yerro.

Su mano descendía hacia la culata del revólver, cuando otra mano la detuvo por detrás, al tiempo que una voz ronca advertía:

—No cometas estupideces, Dolf. Cuando los lobos riñen, los corderos balan de alegría.

Dolf se volvió, enfrentándose con Nigel, que momentos antes había entrado en el bar y asistió a las postrimerías de tan violenta discusión.

Dolf, rabioso, gritó:

—¡Métete en lo que te importa, Nigel! No necesito niñera.

—Ya lo sé, pero yo soy algo más que una niñera. Estáis cometiendo una serie de estupideces que terminarán por barrernos a todos de aquí, con gran alegría de los que nos odian. Me he enterado de lo sucedido y es una pena que seamos entre nosotros los que regañemos y nos diezmemos.

"Tus compañeros no tenían alas en los hombros precisamente, y en honor a la verdad, te diré que no es la primera vez que han insinuado cosas molestas respecto a ese asunto. Puede o no ser verdad, pero antes de dejar volar los dedos, asegúrate. Como tú, no me fío de nadie, pero a veces me fío menos de los de mi propia camada.

Dolf distensionó su brazo y repuso:

—Está bien. Parece como si todos os confabulaseis contra mí, ahora que me he quedado solo; pero, solo o acompañado, no me desdeñéis, por si acaso.

Nigel rio entre dientes, contestando:

—Yo he trabajado solo toda mi vida y me ha ido mejor que mal acompañado. Lo que sucede es que todos no tenéis sangre para correr el riesgo por propia cuenta.

—¿Que no? Yo te lo demostraré, Nigel. Acaso no tardando mucho.

—Lo celebraré por ti. Así, cuantos menos seamos, menos ruido armaremos y mejor nos irá.

—¡O peor! ¡Eso lo dirá el tiempo!

Dolf, fuera de sí, abandonó el bar y Nigel quedó frente a frente de Crew.

Ambos se miraron intensamente. Parecía como si los dos se estudiasen para saber hasta dónde podían fiarse uno del otro.

Crew fue el primero en hablar.

—Te juro, Nigel, que le he dicho la verdad a ese cerdo... El primer sorprendido del asunto he sido yo.

—Quiero creerte Crew, pero...

—-No seas sutil, Nigel—advirtió Crew—; si se hubiese tratado de Sam, tendrías derecho a la duda. Con ese par de tipos no tenía nada.

—Es posible, pero, ¿no lo tendría el juez o ese tipo de quien te has encaprichado para *sheriff*?

—No digas majaderías. Joe jamás se ha metido en nada y todo le pareció bien no faltándole la bebida. En cuanto a James, lleva medio día en el pueblo y jamás había discutido con ellos.

—Es verdad, pero de todos modos soy hombre receloso. Tengo que poner a prueba a tu flamante *sheriff* y cuando lo haya hecho sabré a qué carta quedarme.

—Y yo no te lo censuro; es más, me alegraré de ello. De esta manera, sabremos si debemos fiar en él o eliminarle como a los demás. Estás en tu derecho y lo apruebo.

La tensión nerviosa desapareció. Nada autorizaba a creer que el recelo que les separaba a todos había muerto, pero se pactaba tácitamente una tregua entre ellos que debía durar tanto como durase la aparente calma que había precedido a la muerte de los dos forajidos.

Pero el ambiente estaba cargado de pólvora próxima a estallar. Dolf por un lado, los hermanos Saff por otro y Nigel, lleno de dudas también, pondrían cada uno de su parte lo que estuviese en su mano para hacer volar la carga y el día que ésta estallase seria horrible.

Por si faltaba algo, Crew se hallaba sumido en la más terrible de las dudas. El juez le había disparado una flecha envenenada al corazón y estaba empezando a surtir sus efectos. Crew ya no se fiaba de Margaret y pondría a prueba su adhesión y si ésta flaqueaba, ayudada por el juramento de Sam, la tragedia iba a ser espantosa.

Sol, a pesar de su astucia no había medido en toda su extensión la agudeza del juez. Este, sutil y refinado, sabía bien lo que había intentado. Ahora que contaba con un auxiliar tan excelente como él, se había propuesto echar la carnaza a la plaza para que los lobos se la disputasen, y la pelea que estaba encubando entre ellos iba a ser feroz.

CAPÍTULO V

COMO MUERE UN COBARDE



QUELLA tarde, Sol, aprovechando un momento propicio había abandonado las oficinas saliendo por la puerta trasera y, a todo galope, se dirigió al lugar donde había enterrado sus armas para recuperarlas. Los acontecimientos le decían que le iban a hacer mucha falta y no quería verse a merced de aquella pequeña pistola únicamente.

Cuando regresó, se entregó a una tarea afanosa. Todos habían tenido en sus manos el viejo revólver inútil que llevaba al cinto y le creían un arma inofensiva, de lo que se tenía que aprovechar para armarse sin sospechas a los ojos de todos.

Con paciencia, desmontó los herrajes de la culata del viejo revólver y los nuevos de uno de los suyos y efectuó un cambio. La vieja arma quedó oculta y un magnifico *colt* de su propiedad apareció con el mango del viejo, engañando a la vista a todo el que fijase sus ojos en él.

Tranquilo con este cambio, acopló la pequeña pistola a su sobaco y ocultó entre sus ropas el otro revólver, y, así armado, se encontró más tranquilo.

Durante el día, sus agudos ojos no habían perdido de vista el bar de Crew, por el que desfilaron todos los forajidos de las cuadrillas rivales, y Sol hubiese dado algún año de vida por saber lo que se había discutido en el bar; pero no era discreto preguntar ni asomarse siquiera a él y se limitó a esperar acontecimientos no muy tranquilo.

Ahora, a quien más temía era a Dolf. Adivinaba su reacción y sospechaba que no se avendría a verse privado de sus valiosos auxiliares y que intentaría algo avieso para vengar su muerte.

Aun creyéndose amenazado por su rabia, temía más por la vida del juez que por la suya y se decía que estaba en el deber de velar por el valiente viejo, que tan generosamente se había expuesto a una terrible represalia por salvarle a él y dejarle en libertad para

cumplir su peligrosa misión.

Todo el día lo pasó con el alma en un hilo temiendo recibir alguna nueva mala noticia, pero el día transcurrió sin novedad alguna y cuando llegó la noche, decidió hacer una visita al juez y vigilar por los alrededores de su domicilio.

Joe se hallaba perfectamente tranquilo. Cierto que tomó sus precauciones antes de franquearle la entrada, pero no parecía temer un ataque a traición y hasta se hallaba más alegre y menos alcoholizado que de costumbre.

Recibió a Sol, invitándole a un vaso de *whisky*, y preguntó:

—¿Qué hay, muchacho? Parece que le encuentro un poco nervioso.

—Así es—confesó Sol—; pero no es por mí.

—Pues, si es por mí, no se preocupe. No me hago ilusiones sobre lo que pueda suceder; pero si me buscan, que lo hagan con cuidado. Yo también sé manejar un revólver y no quisiera alguno verme hacer la prueba. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada en absoluto.

El viejo sonrió alegremente y preguntó:

—¿Y ahora, puedo contar con su confianza?

Sol, no dudó en responder:

—Ahora sí. Hay cosas que resisten a todo control.

—Me alegro, ¿Cuál es su juego entonces?

—Solamente uno. He venido a Peñasco exclusivamente para dar fin de todos los forajidos que se refugian en él.

El juez silbó con asombro y repuso:

—Sí que es usted ambicioso... ¿Nada menos que a acabar con los Saff, con Nigel y con Crew? Mucho trigo es para una sola torta; pero, es usted audaz y templado y me da el corazón que lo logrará. ¿Qué tiene contra ellos?

—Nada personal. Me he dedicado a suprimir indeseables en memoria de mi padre muerto por uno y a eso he consagrado mi vida.

—Entonces, me trae usted a la memoria un nombre que escuché en El Colorado. El de Sol King, «El Vengador».

—El mismo.

—Entonces, no hay más que hablar. Me tiene a su disposición si en algo puedo ayudarle, y conste que no lo digo buscando caer en un lecho blando. Yo sé que moriré de un balazo en el corazón y no busco posturas cómodas; pero me iré contento de haber redimido esta cochina vida que he llevado tanto tiempo. Estoy tan harto de ella, que la muerte será el mejor premio.

—Ya lo veremos. Su caso es extraordinario, pero confío en que sepa remontarlo. Yo le ayudaré a ello.

—Lo dificulto, muchacho. Cada uno tenemos escrito nuestro sino y el mío nadie podrá cambiarlo. Dejemos eso y dígame qué espera y qué intenta.

—De momento, nada. Esperaré una ocasión para empezar. Me temo que alguien me ponga el pie para saltar, pero cuando lo haga, procuraré llevarme un par por delante y, otros dos que ya han caído, serán cuatro. El resto es poco para mí.

—Pues, si es ésa su idea, escuche un consejo. Procure llevar por delante a Dolf y a Nigel. Luego elija a Crew... Los demás no son tan peligrosos, aunque no los desdeño.

Sol, que se paseaba nervioso por la estancia echando miradas a través de la ventana hacia la calle, se detuvo de pronto y en voz baja afirmó:

—Siguiendo su consejo, voy a empezar por Dolf y va a ser no tardando mucho.

—¿Por qué por él?

—Porque si la vista no me engaña, está apostado en un hueco de las barracas de en frente, espiando esta casa. Debe haberme seguido y me estará esperando o acaso esperará a que salga para venir en su busca. En cualquier caso, voy a suprimirle.

El juez arrugó la frente y después de un momento de vacilación, afirmó:

—Está usted en desigualdad de fuerzas. Si viene por usted, podrá disparar antes que usted tenga tiempo de hacerlo.

Sol se quedó un momento dudando y luego preguntó:

—¿Hay salida por la parte de atrás?

—No, pero hay una ventana por la que puede salir.

—Bien. Voy a utilizarla y usted me va a hacer un favor. Hay que eliminar ese peligro y debemos exponernos los dos.

—Dígame y no se preocupe por mí.

—Voy a saltar por la ventana y a dar la vuelta a la calle. Cuando usted haya calculado que la he podido alcanzar, baje, entreabra la puerta procurando no colocarse en la trayectoria de una bala y hable fuerte, como si me estuviese despidiendo. Quiero ponerle en guardia de mi posible salida, para ver qué intenta. Si viene por mí, se preparará; y si sólo viene por usted, se estará quieto esperando que me marche para atacarle impunemente. En cualquier caso, hay que forzarle a que dé a conocer sus intenciones.

—Me parece bien su idea. Váyase tranquilo, que sabré representar mi papel. Venga por aquí.

A través de un pasillo, le llevó a una de las habitaciones posteriores, en la que se abría una ventana que daba a un callejón solitario y oscuro.

El juez aseguró:

—Son dos metros de altura o poco más. Dejándose descolgar, aferrado al alféizar, la caída será suave.

—Bien, voy a intentarlo.

Sol saltó por el hueco, se aferró al marco y cuando se encontraba tenso, con los pies colgando, se dejó caer. No sufrió daño alguno y, levantándose elásticamente, empuñó el revólver y se dispuso a dar la vuelta a la casa.

Joe, cerró la ventana, volvió a la estancia, extrajo del cajón de la mesa un revólver y se quedó pensativo. Luego se encaminó a su alcoba, tomó un almohadón que cubrió con un trapo oscuro, colocó en uno de los remates un sombrero y con aquel extraño adminículo en los brazos, descendió al piso bajo.

Aún esperó un poco por si Sol se había retrasado, y cuando juzgó que había tenido tiempo sobrado para alcanzar el esquinazo y situarse con ventaja, produjo mucho ruido con los pies al pisar sobre la tarima y, llegando a la puerta, la entreabrió un poco al tiempo que elevando la voz, decía:

—Bien, James, creo que estamos de acuerdo en todo. No cometa más imprudencias viniendo aquí, pues le pueden vigilar y ponerse en guardia. Se han tragado el cuento Crew y esos imbéciles que le rodean y no es cosa de abrirles los ojos por nuestra cuenta. ¿Estamos? Bien, bien, no me dé consejos que no los necesito. Márchese a dormir y ya veremos lo que pasa. Adiós, y descansar.

Dolf, que en efecto había seguido a Sol hasta casa del juez y se habla emboscado en una casa fronteriza dispuesto a aclarar el motivo de su extraña visita, apenas sintió entreabrirse la puerta, cruzó en silencio la calle empuñando en su mano derecha una aguda y larga navaja y sonriendo con ferocidad, se colocó junto a la jamba bien pegado a la pared, esperando la salida del sospechoso *sheriff*.

Con el oído atento, escuchó las frases del juez, que le corroboraron en sus sospechas, y acosado por el odio, levantó el brazo y esperó a que Sol asomase a la puerta para clavarle la navaja en el pecho y luego sorprender al confiado juez.

Joe, que había adivinado la actitud de su enemigo, se colocó detrás de la puerta y, abriéndola casi totalmente, pero quedando escudado tras la hoja alargó la mano cuanto pudo y presentó el almohadón con el sombrero en el oscuro vano.

Dolf, cegado por la rabia, apenas vio moverse un bulto ante sus ojos, estiró el brazo y lo dejó caer con ira sobre lo que creía el cuerpo de su enemigo, alcanzando el almohadón con la navaja, al tiempo que el juez lo soltaba dejándolo caer. Y cuando el pistolero, extrañado por la blandura del objeto y la facilidad con que se le había escurrido de las manos quiso reaccionar y darse cuenta de la

trampa, ya era tarde. Algo duro se había ceñido a su espalda, al tiempo que una voz inesperada advertía:



Sol, saltó por el hueco...

—Bien, señor Dolf, veo que es usted más idiota que yo suponía.

El forajido, rabioso, sin medir el peligro, se revolvió tratando de aferrar la mano de Sol, pero éste, iracundo y asqueado de la cobardía de aquel ser innoble y cruel, estiró el brazo rápidamente

hundiéndole en el vientre de su rival.

Este lanzó un rugido de agonía y se llevó las manos al vientre para contener la sangre que brotaba de la terrible herida que Sol le había abierto con el agudo puñal que guardaba escondido en su faja; pero falto de fuerzas, exhaló un aullido salvaje y cayó desplomado a tierra.

El juez se asomó impasible y echándole un vistazo, exclamó:

—Bien, amigo, veo que tiene usted una soberbia mano para carnicero.

—A un tipo así no se le puede dar beligerancia, —afirmó Sol—. ¡Pronto! Ayúdeme a meterlo ahí dentro no pase alguien y se entere de lo sucedido.

Entre ambos arrastraron el cuerpo de Dolf, que se retorcía en las angustias de la muerte, y el juez subió en busca de un quinqué que alumbrase la macabra escena.

Cuando volvió con él, ya nada había que hacer. Dolf habla dejado de existir, víctima de la tremenda cuchillada que le había segado los intestinos.

Ambos se miraron intensamente pálidos y el juez preguntó:

—¿Y ahora, qué?

—Ahora, hay que hacer desaparecer el cadáver. Trataremos de desorientar a la gente todo el tiempo posible, hasta que no se pueda ocultar su muerte. Cualquier tiempo que ganemos será bueno.

—En ese caso, el «Barranco del Diablo» es un buen sitio para depositarle. Es imposible explorar su fondo y nadie podrá descubrirle en él.

—¿Dónde está ese barranco?

—Hay que salir del pueblo por el Norte. Sigue usted la senda y a la derecha, donde empiezan las estribaciones, se abre junto a una duna que se enfrenta en el camino. No tiene pérdida; si quiere yo me lo llevaré.

—No. Usted se va a ocupar de borrar los rastros de sangre que han quedado a la puerta mientras yo me lo llevo.

—Espere, mejor será que tome mi caballo. A hombros pesará mucho y tardará más en salir a campo libre.

Sol se envaró de repente y exclamó:

—¡El caballo! ¡Eso es lo malo!

—¿El qué?

—Que si encuentran en algún sitio su caballo, no creerán que ha salido del pueblo. Si pudiera… Espere.

—¿Qué pretende?

—Voy a ver si por casualidad lo ha dejado escondido en los alrededores. Si así fuese, haría desaparecer a los dos y la gente creería que se ha ausentado de Peñasco. Voy a echar un vistazo.

Abandonó la casa y recorrió los alrededores del lugar. La suerte le fue propicia, pues, en un cobertizo abandonado, descubrió el caballo medio trabado a un poste.

Muy contento regresó con él y cargando el cadáver del pistolero en la silla, se apresuró a abandonar el pueblo siguiendo el camino señalado por el juez.

A la clara luz de la luna siguió el itinerario marcado y por fin llegó a un lugar en el que, al borde de una explanada, se abría el negro e impresionante vacío de una sima, cuyo fondo era difícil adivinar.

Sol, fríamente, descargó el cadáver del pistolero y tomándole entre sus robustos brazos, lo balanceó en el aire para soltarle todo lo lejos posible.

El pesado cuerpo se hundió vertiginosamente como un fantasma absorbido por la sima y Sol, con el oído atento, le oyó rebotar por las agudas y salientes ramas de los centenarios y retorcidos árboles que crecían aferrados a las paredes, hasta que un silencio trágico e impresionante volvió a reinar en torno a él.

Al volver la cabeza, distinguió al caballo de pie, inmóvil al borde de la sima, con la cabeza inclinada como si tratase de seguir con sus bovinos ojos el cuerpo del que había sido su amo y una angustia infinita se adueñó del corazón del aventurero.

Sol amaba a los caballos con ternura infinita y con sólo pensar que debía sacrificar aquel noble bruto que había sido fiel hasta la muerte al forajido, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Habíase mostrado duro de corazón matando a un ser humano lleno de malicia y crueldad y, sin embargo, se sentía desfallecer ante el acto cobarde e inhumano de sacrificar al infeliz caballo, que no había cometido más delito en su vida que defender la de su dueño con la velocidad de su dinamismo, y con los dedos engarfiados en la silla, se mantuvo tenso sin atreverse a cometer el fatal acto.

Y sin embargo, una voz le advertía que no debía dejarse vencer por la sensibilidad. Aquel caballo sería un mudo y terrible testigo que podía ser causa, no sólo de su muerte, sino de la de algunos otros seres inocentes, y a pesar de esta intuición, su ánimo vacilaba y su pecho se dilataba de angustia cada vez que sus manos hacían intención de empujar al pobre cuadrúpedo hacia el abismo.

Durante más de cinco minutos, luchó contra este sentimentalismo abrumador. Él, el hombre de corazón de roca a la hora de jugarse la vida con un arma en la mano y suprimir a un enemigo sin vacilación ni temblores, no se sentía con valor para sacrificar a un pobre animal y tras esta ruda lucha, tomó una firme resolución.

Secándose el sudor que bañaba su frente, tomó al caballo por las

bridas y tiró de él para alejarlo de allí.

El animal se resistió a abandonar el sitio como si la fidelidad a su amo le obligara a esperarle donde había desaparecido para siempre y por fin, venciendo su resistencia, le internó por unas grietas de las depresiones que se alzaban gradualmente para formar las montañas de Peñasco, que se alzaban dilatándose hacia el Norte.

Durante un buen rato le paseó de un lado a otro para desorientarle y cuando creyó que lo había conseguido, le enfiló por un pendiente desfiladero que se hundía hacia dentro en la montaña y tomando el cuchillo, le pinchó despiadadamente en los flancos.

El caballo, al sentirse así maltratado, lanzó un relincho doloroso y acuciado por la pinchadura, emprendió un galope desenfrenado hacia abajo, como si pretendiese huir de aquel salvaje que le trataba de modo tan inhumano sin motivo alguno y Sol, cuando le vio desaparecer en las plateadas sombras de la noche, respiró con dificultad.

Había hecho cuanto su conciencia le dictaba para hacer desaparecer aquel testigo peligroso. Si el destino se obstinaba en que no debía ser así y le hacía reaparecer nuevamente, lo aceptaría como un castigo, pero nunca viviría con el remordimiento de haber matado a un indefenso y noble animal como aquél.

Y atormentado por el mal rato sufrido, regresó al borde de la sima para reemprender el camino del pueblo.



CAPÍTULO VI

UNA PELEA FEROZ



UE nadie se diese cuenta del trágico incidente, ni que le viesen regresar a sus oficinas, fue de gran suerte para Sol. Crew, muy ocupado en su establecimiento, no tuvo tiempo de dedicarse a vigilar al *sheriff*, y los hermanos Saff, más preocupados en planear el modo de vengarse metidos en un tugurio alejado de la calle principal, tampoco se dedicaron a él.

Tampoco al siguiente día fue notada la desaparición de Dolf. Crew, al no verle aparecer por el bar, creyó que enojado con él no quería roce alguno mientras no se calmase su ira, y los hermanos Saff, poco amigos del forajido, no se preocupaban de sus movimientos.

El único que echó de ver su falta fue Nigel, pero como rehuía todo contacto posible con sus compañeros, no se molestó en averiguar qué había sido de él.

Una calma ominosa reinaba en el poblado que a última hora de la tarde rompió de un modo imprevisto el irascible Nigel.

Este se presentó bruscamente en las oficinas de Sol, el cual sufrió un sobresalto al verle penetrar en ellas, pero dominando su nerviosismo, esperó con curiosidad a conocer los motivos que impulsaban al «lobo solitario» a hacerle semejante visita.

Nigel, que llevaba en la mano un papel, se quedó mirándole fijamente y preguntó:

—¿Qué sabe usted de la diligencia que va a Cox Cañón y debe pasar por aquí mañana por la tarde?

Sol, se le quedó mirando asombrado.

—¿Yo?—repuso Sol—. Es la primera noticia que poseo que exista esa diligencia y de que pase por aquí.

El bandido sonrió con ironía y agregó:

—Pues yo le voy a dar a usted noticias de ella y me figuro que no le van a resultar muy gratas. Desde Dayton a Cox Cañón existe un servicio de diligencias que transporta pasajeros y correo. Hace el servicio regular cada quince días y suele transportar valores para las estafetas de Correos o para los Bancos. A veces, porta pasajeros de

cierta categoría, en particular rancheros, que llevan consigo el producto de sus transacciones, pero no siempre es fácil saber cuándo se puede dar un buen golpe que merezca la pena de exponerse a un disgusto. Sin embargo, esta vez, por excepción, dicha diligencia va a transportar una cantidad no despreciable de dólares y el *sheriff* de Dayton, muy amable, ha tenido la gentileza de avisarlo.

Sol, que le escuchaba intrigado sin adivinar a dónde iba a parar con tales noticias, repuso fríamente:

—Espero que no me vendrá usted a decir que piensa asaltar la diligencia.

—Pues se equivoca. Vengo a decírselo.

—Bien, ¿y a mí qué me importa? Supongo que mi misión, si sucede tal cosa, será la de perseguir a los salteadores, ¿no es eso? Pues bien, cuando sepa que el asunto ha sucedido, me daré unos paseos a caballo por los alrededores del pueblo y después redactaré un informe asegurando que los salteadores han desaparecido de la región. ¿No es ése mi deber?

—Esta vez, no—aseguró Nigel burlón—. Esta vez, el *sheriff* de Dayton le ha avisado a usted que va a pasar la diligencia transportando una crecida suma y le pide que vigile su demarcación y proteja la diligencia con los elementos que sea precisos para que pueda pasar libre de todo accidente.

Sol se envaró al oírle. Adivinaba que el forajido había logrado tan preciosa información de la que pensaba aprovecharse, pero adivinaba por qué hacía tales afirmaciones, y temiendo una trampa, se levantó diciendo:

—Escuche, Nigel, me está usted hablando en chino. No sé una palabra de todo eso y si pretende probarme, está usted perdiendo el tiempo. Yo no sé nada ni me importa ese asunto.

Nigel le presentó el papel que dejó sobre la mesa, diciendo:

—Si le importa a usted, lea.

Sol tomó el papel y con asombro se enteró de que, en efecto, se trataba de una comunicación del *sheriff* de Dayton, advirtiéndole de que había un traslado de dinero para el Banco de Cox Cañón y que debía salir al paso de la diligencia y custodiarla hasta pasados los límites de Peñasco.

Sol miró asombrado a Nigel que sonreía humorístico y preguntó:

—¿Cómo diablos ha llegado a su poder este papel?

—Muy sencillo. He interceptado al mensajero y para que no pueda dar explicaciones engorrosas sobre la persona a cuyas manos ha ido a parar la orden, pues le he procurado un eterno descanso para compensarle de las fatigas del viaje.

Sol tuvo que realizar un esfuerzo heroico para no echar mano al

revólver y suprimir fríamente a aquel monstruo que se jactaba de haber quitado la vida a un infeliz como el que se jacta de haber suprimido un coyote; pero reprimiéndose, contestó:

—Bien, creo que estoy exento de dar explicaciones. Si ese papel no ha llegado a mis manos, he salvado mi responsabilidad.

—Acaso no—advirtió Nigel que parecía complacerse en atormentarle—, Para el *sheriff* de Dayton, este papel ha llegado a sus manos y cuando suceda lo que tiene que suceder, le requerirá para que dé explicaciones. Deseo saber cuáles van a ser éstas y qué medidas piensa usted tomar.

Sol se hallaba indignado. Si el bandido se hubiese limitado a dar el golpe sin advertirle, nada tenía que temer, pero puesto en antecedentes, resultaba difícil mostrarse indiferente al suceso y menos responder ante autoridades superiores de su indiferencia.

Tomando una rápida resolución, preguntó:

—¿Cuál es su juego al darme estas noticias?

—Simplemente uno. Primero, saber qué piensa usted hacer y segundo, hacerle una advertencia. Voy a asaltar la diligencia; me interesa lo que transporta y lo que quiero; si alguien mete la baza en este asunto, sabré que ha sido usted quien le ha advertido y volveré a pedirle cuentas de su conducta.

Sol se levantó fríamente, adviniendo:

—Creo que me ha equivocado usted el número, Nigel. Me he comprometido a una cosa y la cumpliré por la cuenta que me tiene, pero resulta sospechoso que usted, siendo el único que sabe que va a pasar la diligencia con ese dinero, venga a advertírmelo como *sheriff* y además, a hacerme esas amenazas necias, cuando habiéndoselo callado, sólo usted lo sabría. ¿Cuál es su juego, pregunto yo?

Nigel quedó un tanto desconcertado pero, reaccionando, repuso:

—Ponerme a cubierto de una posible traición. Soy hombre que no oculta sus sentimientos y por ello le diré que mientras no me demuestre lo contrario, no confío en usted.

—Me parece bien, pero estoy en el mismo caso. Es más, esto me parece una celada tonta. Yo ignoraba todo lo concerniente a esa diligencia. Habiéndoselo callado, podía maniobrar a su gusto sin recelos hacia mí; ahora, al ponerme en antecedentes sin necesidad, ¿no puedo sospechar que intenta algo para comprometerme?

—Sospeche lo que quiera. A mí no me consta si usted lo sabe y se lo calla o si piensa intentar algo. Le advierto sobre mis intenciones y le hago responsable de cualquier incidente desagradable.

—¿Aunque lo provoque usted?

—¿Por qué lo he de provocar?

—No lo sé, pero sólo le diré una cosa. Deje pasar la diligencia por Peñasco, que en cualquier caso yo pueda probar que cruzó por aquí sin tropiezo y atáquela luego donde guste. Creo que será mejor para usted y para mí.

—Será su opinión, pero no la mía. Yo daré el golpe donde me parezca más propicio. Soy muy desconfiado para atenerme a indicaciones que pueden costarme caras, ¿me entiende?

—Perfectamente. Creo que tengo mucho que hacer y hemos hablado bastante de este asunto. Haga lo que le parezca y no intente desquiciarme los nervios porque no lo conseguirá. Sé dónde debo estar en todo momento y estaré. Lo demás, no puedo prejuzgarlo.

Nigel le miró con aire desafiante y luego abandonó las oficinas. No salía muy satisfecho de la entrevista, pero sí sacaba la impresión de que el nuevo *sheriff* era un hombre de nervios y más peligroso de lo que le habían juzgado.

Cuando Sol quedó solo, una rabia infinita turbaba su espíritu. Había sentido unos deseos tremendos de eliminar allí mismo al forajido y se había visto obligado a contenerse, porque sabía que no era el momento adecuado, ya que ello le hubiese puesto en inferioridad de condiciones para eliminar al resto, pero algo tenía que hacer para salvar el dinero y al mismo tiempo para deshacerse de aquel pistolero retador, al que odiaba con más fuerza que a ninguno.

El día transcurrió en una tensión enorme de nervios para él. No se atrevía a moverse de la oficina durante las horas de luz, pero se decía que tenía que intentar algo durante la noche para frustrar los planes de Nigel y acabar con él y con sus baladronadas.

Cuando por fin cerró la noche, tomó una determinación. Abandonando sigilosamente las oficinas por su parte trasera, se dirigió a casa del juez a darle cuenta de lo sucedido.

Joe preguntó nervioso:

—¿Cuál es su idea?

—Salir esta noche a caballo y alcanzar la diligencia donde pueda, para prevenirla. No puedo hacer otra cosa.

—Lo comprendo, pero eso pone al descubierto su juego.

—Lo sé, más no hay otra solución. El consuelo que me queda es que si elimino a Nigel, el porcentaje de enemigos será inferior.

—No se confíe. Nigel trabaja solo, pero cuando necesita auxiliares, los encuentra en el montón de gente dura y sin iniciativas que infesta Peñasco. No creo que se decida a atacar solitariamente la diligencia, si sospecha que puede venir bien custodiada y más si recela que usted le pueda envolver en alguna traición. Es tan cruel como astuto y desconfiado.



Pero, recelando una emboscada...

—Correré el albur. Esta noche, en cuanto tenga ocasión, partiré hacia Hope para alcanzar la diligencia. Después, Dios dirá.

—Bien, yo vigilaré a ver qué sucede. Me alegraría que tuviese usted éxito y lograse deshacerse de ese salvaje antes de que los de aquí sospechasen. Estoy en ascuas, pues más tarde o más temprano tendrán que extrañarse por la ausencia de Dolf.

—Ya lo sé, por eso, lo mejor es salir al paso del toro.

No pierda de vista a esa gente, pues sus informes me pueden ser de mucha utilidad cuando regrese... si regreso.

Se despidió del juez con un fuerte apretón de manos y en silencio se dedicó a hacer sus preparativos.

Cubrió los cascos de su caballo con trozos de manta para que no produjese ruido ni dejase huellas, repasó sus revólveres, se previno de municiones y de algunos alimentos, y cuando la noche se hallaba bien avanzada, abandonó con sigilo las oficinas, saliendo por la parte posterior y con el caballo de la brida buscó la salida del pueblo. Cuando se creyó a cubierto de miradas indiscretas, libró al caballo de sus trabas, y a todo galope se lanzó por la llanura hacia el Este.

La noche, alumbrada por una clara luna, se mostraba propia para el viaje, y Sol, galopaba como un demonio ansioso de cubrir cuanto antes las veinte millas que separaban Hope de Peñasco.

Si no alcanzaba en este pueblo la diligencia, se entrevistaría con el delegado del *sheriff* para poner en su conocimiento lo que sucedía y que él se encargase de buscar una fuerte escolta que protegiese el vehículo y causase una fatal sorpresa al astuto Nigel.

No había avanzado tres millas en el viaje, cuando su caballo empezó a dar muestras de inquietud. Relinchaba sordamente a medida que galopaba y de vez en vez volvía la cabeza como si temiese ser sorprendido por la espalda.

Sol se alarmó ante la inquietud del caballo. Este, era un animal muy listo, avezado a todos los peligros y añagazas de las llanuras y las montañas y rara vez su olfato y su fino oído le engañaban.

Se habían internado por un paisaje boscoso que cortaba la pradera y Sol, frenando bruscamente su montura, se arrojó al suelo y pegando el oído a la tierra, escuchó:

Un débil temblor agitó su oído denunciándole que a su espalda galopaba algún caballo. No podía precisar si era uno o varios, pero era indudable que alguien le iba pisando los cascos a «Stard».

Inquieto volvió a montar y de nuevo se lanzó a todo galope buscando la forma de dejar atrás a quien intentase perseguirle. Quería rehuir una lucha incierta antes de avistar la inquietante diligencia.

Pero, recelando una emboscada, derivó todo lo posible para dejar a un lado la zona arbolada. Esta se prestaba a ocultar a sus perseguidores y si tenía que sostener una lucha, prefería hacerlo en campo abierto donde pudiese darse cuenta del número de enemigos que tenía enfrente y donde pudiese desenvolverse a su albedrío.

Pero la suerte parecía estar en contra de él. Por más que realizaba intentos a derecha e izquierda, la zona arbolada se

extendía a ambos lados desesperantemente y no conseguía salir a terreno despejado, desde el que pudiese abarcar un paisaje despejado.

Por dos veces, al derivar de izquierda a derecha y viceversa, se había visto obligado a enderezar el rumbo al captar claramente paralelo a él el galope de algún caballo, lo que le indicó que maniobraban tratando de encerrarle en una línea recta, no sabía con qué siniestros planes.

Otra vez aflojó el galope tratando de despistarles y dejarles avanzar, pero pronto tuvo que rectificar, pues también a su espalda se captaba sordamente el martilleo de cascos de caballos.

Sol terminó por darse cuenta de la situación. Le llevaban encerrado en un cuadrilátero de caballos empujándole hacia adelante para, en un sitio elegido de antemano, batirle a su gusto.

Por lo que iba observando, esto no se produciría hasta que saliese a campo descubierto, y si bien ansiaba llegar a él, no le agradaba alcanzarlo cuando la salida estuviese dominada por sus enemigos.

Necesitaba hacer algo para romper o evitar el cerco y no se le ocurría nada práctico.

Por fin, ciertas señales le advirtieron que el terreno se aclaraba y que pronto desembocaría en la pradera, que ya habría sido alcanzada por sus perseguidores, para recibirle a tiros en cuanto ofreciese un blanco viable.

Bruscamente se detuvo. Tenía que hacer frente a los que pisaban los cascos de su caballo y valiéndose de la sorpresa, batirles y luego escabullirse por la espalda, burlando a los que ya debían haber alcanzado la salida del bosque y le estarían esperando con los rifles preparados.

Rabioso, echó un vistazo en derredor y de pronto, sus ojos se iluminaron siniestramente.

A su derecha acababa de descubrir un pequeño desmonte coronado de piedras y se dijo que si podía escalarlo y parapetarse en lo alto, los sorprendidos iban a ser sus perseguidores.

Rápidamente se dirigió a él dándole la vuelta hasta descubrir que por uno de sus lados era factible de escalar a costa de un buen esfuerzo de su caballo.

Le hizo retroceder para que tomase carrera y acariciándole los sudorosos flancos, gritó:

—¡Adelante, pequeño! Nuestras vidas dependen de que subas o no puedas subir allá arriba.

El caballo, como si le hubiese entendido, se lanzó ciegamente sobre la áspera cuesta y fue tal el ímpetu adquirido en el empuje, que cuando la agria pendiente quiso repeler hacia atrás sus

poderosos cascos, ya «Stard» había conseguido coronar la cima en un esfuerzo violento y desesperado.

Sol, loco de alegría, desmontó y obligando al cansado animal a tumbarse en tierra protegido por un buen montón de pedruscos, buscó una posición cómoda y resguardada, para atalayar el paso de sus perseguidores.

Haciendo rodar cuatro o cinco gruesas piedras al borde de la planicie que presentaba la cima, se tumbó cómodamente y colocando todas sus armas al alcance de su mano, esperó.

Poco más tarde, su pulso tembló de alegría al divisar dos caballos, que ahora, a paso lento, avanzaban separadamente, en tanto que sus jinetes con los rifles en la mano, registraban los árboles a derecha e izquierda, extrañados de no localizar al perseguido.

Después de describir varios círculos desorientados, uno de ellos señaló la húmeda tierra y sus miradas se clavaron en el montículo.

Sol apretó con fuerza el revólver entre sus dedos y esperó.

Los dos jinetes, separándose, rodearon el pequeño monte escrutándole para descubrir el lugar donde el jinete se podía haber escondido, y Sol seguía atentamente todos sus movimientos, esperando el momento propicio para disparar.

Por fin, uno de ellos, más audaz, avanzó, colocándose a tiro. Sol apretó el gatillo del revólver y el forajido, lanzando un aullido de rabia y de dolor, se agitó convulsamente en la silla, para caer a tierra a un bote de su asustado caballo. Su compañero disparó guiándose por la débil columna de humo que se escapaba entre dos piedras, pero el tiro se estrelló contra ellas.

Sol contestó rápidamente sin alcanzar a su enemigo y momentos más tarde llegó a sus oídos el frenético galopar de más caballos, hasta que no tardando mucho, se vio rodeado de siete jinetes, reconociendo en uno de ellos a Nigel. Sol, rabioso, disparó sobre él sin alcanzarle. El bandido no era tonto y sabía calcular el alcance de un revólver. Pero le veía moverse a caballo de un lado para otro dando órdenes, mientras sus hombres se desplegaban formando un círculo en derredor del montículo.

Luego, el forajido formando tornavoz con sus manos, gritó:

—James, o como se llame, como verá, le he cazado en sus propias redes. Estaba seguro de que nos hacía traición y no me ha costado gran trabajo arrancarle la careta. Espero que se dé cuenta de que ha jugado una mala baza y de que será la última de su vida.

Sol, sin asomar la cabeza en previsión de un tiro por sorpresa, contestó:

—Es usted un poco más listo que sus compañeros, pero tan necio

como ellos. A un hombre como yo, no se le caza a ojeo como a las perdices. Todavía no me ha cogido usted para intentar arrancarme la piel y es fácil que sea yo quien se la arranque a usted.

—¿A mí?—rio el bandido divertido—. Inténtelo. Si es tan valiente abandone ese refugio.

—No me corre prisa. Espero que suban ustedes a cazarme.

—Seré necio, pero no tanto—gritó Nigel—. Ya bajará usted.

—Bueno—repuso Sol—, pero cuando baje, será demasiado tarde para que usted alcance la diligencia.

El bandido lanzó una maldición al oírle y rugió:

—¡Eso lo vamos a ver! Vamos, muchachos, atacarle por todos lados.

Sol se mostró inquieto ante la orden. Si se veía obligado a atender a todos los lados del monte, se exponía a que alguno lograse escalarle, cosa que le pondría en terrible peligro.

Pero seguro de que el caso era muy problemático, gritó:

—Bueno, que empiecen. Tengo seis revólveres cargados y le voy a demostrar que los sé emplear mejor que usted.

Los bandidos, que habían formado círculo en torno al montículo, se acercaron a él formando una rueda movible con sus caballos. Su idea era alcanzar la falda de la depresión, para protegerse con ella y escalar la altura aunque esto no era cosa fácil ni rápida.

Sol, comprendiendo que tenía que jugarse el todo por el todo, abandonó su refugio entre las piedras y se dispuso a dar la cara al peligro. Aquella movilidad le exponía más a recibir un tiro, pero no podía elegir terreno si quería intentar salvar aquel grave tropiezo.

Medio arrastrándose por la explanada, daba la vuelta a ella echando un vistazo hacia fuera para localizar los movimientos de sus enemigos y de vez en vez, una bala silbaba junto a él como un aviso trágico.

Poco a poco, los caballistas, hábiles y duros, se iban acercando, y Sol, eligiendo víctima, se pegó al suelo y esperó.



...y disparó sobre el valiente bruto.

El más audaz había conseguido llegar a la falda del montículo y se disponía a descender del caballo. Sol asomó la cabeza un momento y disparó.

El forajido, alcanzado en la cabeza, cayó de bruces contra la tierra, donde quedó pegado como un lagarto, mientras su caballo asustado emprendía veloz galope.

Con agilidad, abandonó aquel lugar y se asomó a otro de los lados, el más fácil de escalar. Ya un jinete se había lanzado a todo

galope por la cuesta y su caballo firme y poderoso iba a conseguir realizar la misma hazaña que «Stard».

Sol, se revolvió furioso y disparó sobre el valiente bruto. Este, alcanzado en el poderoso pecho, lanzó un relincho impresionante, y falto de impulso para continuar aquel avance peligroso, se dejó escurrir hacia atrás. Jinete y montura, en un trágico amasijo, rodaron hacia abajo por la pendiente, para llegar al llano destrozados.

Aún pudo el bravo sitiado alcanzar a otro de sus enemigos, antes de que éstos desistiesen de momento de continuar el asalto. Se habían convencido de que era muy difícil llegar a la cima y desesperados, se consultaban lejos del montículo, sin saber cómo deshacerse de tan hábil enemigo a quien no era tan fácil eliminar y el cual, además, estaba estorbando seriamente sus planes.

Las sombras de la noche se fueron desvaneciendo y el sol iluminó fuertemente el paisaje, sorprendiendo a los forajidos sentados en tierra, sin perder de vista el montículo.

Sol se alegraba de aquella actitud que clavaba allí a Nigel impidiéndole llevar a cabo sus siniestros planes, y el bandido, desesperado, veía correr las horas sin adquirir la libertad de movimientos que necesitaba para salir al paso de la diligencia, que, no tardando mucho, pasaría muy cerca de allí.

Sol, para irritarle, gritó:

—¿Nigel, no se anima usted a realizar otro intento? Aún le quedan tres hombres y usted, que vale mucho.

Nigel, rabioso, barboteó:

—No, no tenemos prisa. Yo habré de renunciar a asaltar la diligencia, pero no a darle a usted caza. Nos apostaremos aquí y ya se entregará. Nosotros podemos velar por turno y vigilarle. Usted está solo y alguna vez le rendirá el sueño; cuando eso suceda, le cazaremos como a un lagarto atontado por el humo.

Sol, palideció al oírle. El forajido tenía razón y su resistencia física no podía desafiar a la de los bandidos que podían turnarse en la velada.

Rechinando los dientes, enmudeció y el forajido riendo siniestramente, añadió:

—¿No había pensado en eso, verdad? A mí me costará veinticinco mil dólares de pérdida, pero su muerte bien vale este «pico». Cuando quiera, se decide.

Sol ponderó la situación. Aquella perspectiva no le agradaba ni poco ni mucho, pero se consolaba pensando que aún podía resistir un día más sin entregarse al sueño y que, para entonces, la diligencia habría pasado burlando los planes de Nigel.

Haciendo un alto en la lucha, dejó que los bandidos siguiesen

acomodados en tierra y sacando de la bolsa de la silla del caballo un poco de jamón y una torta, se dedicó a devorarla con verdadero apetito. Cuando concluyó, sintió sed, pero allí no le era posible aplacarla.

Se consoló encendiendo su pipa, pero sus nervios en tensión no le permitían estar quieto un momento.

Nigel, por su parte, se desesperaba. Comprendía que la testarudez de aquel hombre duro y bravo iba a trastornar todos sus planes y mientras sus hombres dormían junto a los caballos, él se paseaba de un lado a otro sin perder de vista el montículo.

Estaba bien avanzada la mañana, cuando en el silencio impresionante que reinaba en aquella parte, se percibió el alegre tintineo de unas campanillas que avanzaban no muy lejos. La carretera debía hallarse cerca de aquella salida del bosque y la ansiada diligencia cruzaba en aquel momento a menos de un tiro de revólver de donde se encontraban.

Nigel se envaró rojo de ira y montando a caballo, gritó:

—Uno de vosotros acompañarme. Los otros dos quedaros y ni a costa de vuestra vida, permitáis que ese coyote se mueva de ahí arriba.

Sol también había captado el ruido de las campanillas y al observar la actitud de Nigel, comprendió cuál era el proyecto del bandido.

Sin medir las posibles consecuencias, tomó una decisión.

No podía consentir aquel loco intento y lo estorbaría aun a costa de su vida.

Empuñó las armas, se dirigió a «Stard» y montando en él, se lanzó como una exhalación ladera abajo, irrumpiendo en la planicie cuando Nigel intentaba alejarse y los dos hombres, a quienes había confiado su vigilancia, se hallaban en tierra junto a sus caballos.

Como una tromba, cruzó la planicie dirigiéndose directamente hacia el grupo. Los dos hombres se levantaron nerviosamente empuñando sus armas, cuando ya Sol había disparado sobre ellos.

Ambos, alcanzados certeramente, cayeron a tierra desde donde intentaron disparar, pero Sol, al cruzar frente a ellos, disparó de nuevo, poniéndoles fuera de combate.

Nigel al oír las detonaciones, volvió grupas, rabioso, seguido del forajido que le acompañaba. Había adivinado el proyecto de su enemigo y seguro de su poder, confiaba en abatirle finalmente.

Sol, haciendo girar a su montura raudamente, describió un círculo interponiendo entre él y su enemigo la figura del bandido. Nigel, estorbado por él, disparó forzosamente y el tiro pasó muy de largo, mientras Sol con su mano izquierda replicaba, tocando al único bandido que quedaba en pie. Este se inclinó sobre la silla, al

tiempo que su montura, asustada, emprendía veloz carrera, y ahora la suerte ponía frente a frente a los dos más feroces enemigos, ansiosos de eliminarse uno a otro.

Nigel volvió a disparar. Ahora en mejor postura, clavó su bala en la silla del caballo de Sol, rozando la pierna de éste, pero a su vez encajaba una bala en un muslo que le hizo lanzar un terrible juramento.

Sus caballos en un alocado trotar, giraban sin descanso rehuyéndose y Sol, sabiendo con la clase de enemigo que tenía que habérselas, adoptó, para terminar con él, la táctica de los indios.

Volteó sobre la montura desapareciendo por el flanco contrario del caballo, y aferrado a la silla con una sola mano y sosteniéndose con ella y con la presión que el pie hacia sobre el estribo, maniobró buscando el momento de surgir para disparar sobre seguro.

Nigel, rabioso, le buscaba para clavarle una bala en el cuerpo, pero, Sol, sereno y dueño de sus nervios, esperaba su momento.

Por fin, creyendo haberle desorientado, hizo una violenta flexión y apareciendo por el borde de la silla, disparó.

La bala alcanzó en el hombro al forajido, haciéndole soltar el revólver que cayó a tierra.

Sol, lanzó un rugido de alegría e irguiéndose completamente, volvió a montar de manera normal, seguro de que ahora no se le escaparía el bandido.

Pero Nigel, viéndose perdido y aprovechando el poseer un magnifico caballo, lanzó éste a través de los árboles a un galope desesperado, distanciándose de su enemigo.

Sol, asombrado, le persiguió con furia disparando a través de los árboles sin eficacia, pues, Nigel, en un zigzag violento, evitaba darle margen a fijar la puntería.

Una pugna terrible se entabló entre ambas monturas. De aquel pugilato de resistencia dependía la vida del bandido o su desaparición definitiva.

Nigel lo comprendía así y desgarraba rabioso los flancos de su caballo, obligándole a la carrera más dramática de toda su vida, pero a pesar de este esfuerzo trágico no conseguía distanciarse de su peligroso perseguidor, quien estaba dispuesto a no darle cuartel.

En la pugna, se habían internado nuevamente por la zona boscosa que hacía más difícil la caza. Nigel sorteaba hábilmente las balas que a distancia disparaba sobre él Sol y buscaba la salvación en el despegue, pero con tremendo furor, observaba que el caballo de su enemigo era más resistente que el suyo y que poco a poco iba acortando la distancia hasta que llegase el momento fatal de ponerle a tiro seguro.

De repente, el terreno sinuoso que se iba abriendo ante él, sufrió

una ruda transformación. Declives penosos surgían a su paso y al derivar para evitarlos se encontró frente a una imprevista cortada que le impedía seguir hacia adelante.

Había llegado el momento trágico que no podía eludir. O se lanzaba por aquella sima exponiendo su vida antes que entregársela a su enemigo, o hacía cara a éste con todas sus trágicas consecuencias.

Volviéndose sobre la silla buscó la silueta de Sol que avanzaba impetuoso y disparó con el brazo útil. La bala rozó al caballo, que se encabritó furiosamente lanzando un relincho, pero Sol replicó y alcanzó al caballo de Nigel.

Este, ciego y cansado, acusó el dolor de la herida y lanzándose impetuoso hacia adelante, se dejó resbalar por el terraplén. Caballo y jinete se hundieron en el abismo, como tragados por él y cuando Sol, lleno de asombro, llegó al borde de la cortada, ya nada tenía que hacer. Su feroz enemigo había dejado de ser una realidad, para convertirse solamente en un recuerdo de pesadilla.

CAPÍTULO VII

LA HECATOMBE FINAL



REW se levantó muy tarde al siguiente día. Las mesas de juego habían estado muy concurridas hasta casi la madrugada y empezaba a alborear, cuando se metía en el lecho. Cuando descendió al bar, la tardé se hallaba próxima a expirar y el aventurero, después de echar una mirada al establecimiento y conversar con algunos clientes, recordó que no había visto a Sol desde el día anterior y sintió curiosidad por saber en qué empleaba el tiempo el flamante *sheriff*, que no se dignaba aparecer por el bar.

Un extraño sobresalto le acometió al asomarse a la puerta y observar que las oficinas permanecían cerradas y volviéndose a uno de sus dependientes, preguntó:

—¿Habéis visto alguno a James, el *sheriff*?

—No—fue la contestación—. No se ha abierto la puerta en todo el día.

Crew, lleno de sobresalto, cruzó la fangosa calzada atravesando el ancho tablón que servía de puente y aporreó la puerta inútilmente. Nadie respondió a la llamada.

Furioso y soliviantado, regresó al bar. No se explicaba aquella desaparición y era ahora cuando acudían a su mente los recelos de Nigel y Dolf respecto al forastero a quien de modo tan imprudente había confiado tan peligroso cargo.

Después de un instante de meditación, decidió buscarle. No era hombre de inacción cuando se jugaban intereses tan peligrosos para él; necesitaba localizar al *sheriff* y averiguar sus pasos y sus intenciones.

Se disponía a salir para dirigirse a casa del juez —otro individuo que ahora se le aparecía sospechoso al ponderar la extraña muerte de Hall y Coe— cuando se produjo algo que acabó de alarmarle.

Un caballo cansado, sucio, sudoroso, con las ancas cubiertas de sangre reseca y pegada, avanzó chapoteando en el barro de la calzada, deteniéndose junto al tabladillo de madera que servía

como porche al establecimiento y Crew, al echarle un vistazo, extrañado de verle llegar con las bridas colgando, sin montura y de aquella guisa, lanzó un juramento al reconocer la montura de Dolf.

—¡Por el infierno!—rugió—. ¿Qué diablos significa esto?

Se acercó al cansado animal y le examinó. No necesitó de mucha requisa para comprender que el pobre animal había estado perdido por los cañones durante largas horas y que se hallaba agotado de tanto caminar.

Su sobresalto aumentó de medida ante aquel descubrimiento. Dolf era hombre que cuidaba su montura con esmero, sabedor de su utilidad, y el estado del noble bruto demostraba que éste llevaba algún tiempo sin jinete y corriendo al albur desorientado.

Ahora, por costumbre de haber pasado muchas horas trabado a la puerta del bar, había acudido por instinto en busca de su dueño y esto resultaba inquietante para Crew.

Para él no existía duda de que Dolf había sufrido algún accidente, pero lo difícil era comprobar de qué clase y si había sido casual o provocado.

Muchas cosas se aunaban en la mente del tahúr. La muerte de los dos miembros de su cuadrilla, ahora la desaparición de Dolf, la ausencia del *sheriff*, las suspicacias de los forajidos respecto a la lealtad del falso James, todo aparecía tan confuso, que se llevó las manos a la cabeza para contener los latidos de sus abrasadas sienes, mientras una cólera fría y salvaje ardía en su alma.

Volviendo al interior, dio una orden a uno de sus dependientes:

—Larry—gritó—acércate a «La Flor de Arizona» y ve si están allí los hermanos Saff. Si están, diles que hagan el favor de venir. Al tiempo mira a ver si localizas a Nigel y le dices también que venga. Acaso Jeff sepa dónde se encuentra. ¡Pronto!

El dependiente, que había adivinado que se cernía una tormenta moral en el alma de Crew, se apresuró a abandonar el bar y sin cuidarse de que se enfangaba hasta la rodilla, salió corriendo por la calzada, desapareciendo rápidamente de su vista.

Crew aguardó más de veinte minutos, paseando como un león enjaulado por el amplio rectángulo de su establecimiento. Su alma rugía como si tuviese cientos de fieras dentro y los más refinados proyectos de muerte y venganza se agitaban en su interior.

Por fin, aparecieron Jeff y Jim, los cuales acudían recelosos y con las manos apoyadas en las culatas de sus revólveres.

Crew, furioso al observar su actitud, gruñó:

—No seáis estúpidos y fanfarrones. Cuando quiero suprimir a un hombre, no le mando llamar; le busco que es más cómodo y rápido. Os he mandado venir, para algo que me temo, y, que de ser cierto, nos va a obligar a actuar con toda la rabia de que seamos capaces.

Ambos le miraron interrogativamente, y Jeff, adivinando que se trataba de algo grave, preguntó nervioso:

—¿Qué sucede, Crew? ¿Qué te ocurre que has perdido los estribos?

Crew señaló el caballo de Dolf, preguntando:

—¿Le conocéis?

—Claro que le conocemos. Es el de Dolf.

—Bien. ¿Sabéis algo de él?

Los dos hermanos se miraron interrogativamente y Jeff repuso:

—No. No le hemos visto desde hace dos días. Supongo que no pensarás que nosotros...

—No. Mis tiros van a otro lado. Ese caballo ha venido aquí después de andar vagando por alguna parte de las cortadas. Como veis, viene lleno de sudor, polvo y sangre. Presenta un gran pinchazo en las ancas. Eso no se hace más que cuando se quiere obligar a un caballo a iniciar una estampida para alejarle.

Jeff lanzó una maldición y repuso:

—¿Cuáles son tus sospechas?

—No me atrevo a decirlas. Nadie ha visto a James el *sheriff* desde ayer. Su oficina está cerrada y él ha desaparecido.

Los dos Saff prorrumpieron en sonoras maldiciones y Jim dijo:

—¿Sospechas que se hayan peleado?

—No. Sospecho que James, ante el temor de que Dolf vengase en él la muerte de sus compañeros, se haya adelantado. Lo que no me explico es por qué no mató también a su caballo y por qué ha desaparecido.

Jeff tuvo una idea.

—Vamos a ver al juez—dijo—. Los dos tomaron parte en el asesinato de Hall y Coe y ese viejo borracho puede decir algo interesante.

—Vamos — repuso bruscamente Crew, a quien le pareció buena la idea.

Y tomando al animal de las bridas, echó a andar junto a los dos hermanos.

A pesar de su preocupación, echó en falta a Sam y mirando inquieto a sus compañeros, preguntó:

—¿Y tu hermano?

Jeff replicó:

—No sé... Montó a caballo después de comer y no le hemos visto más. Quizá ande oteando algo. Llevamos mucho tiempo sin dar golpe.

A Crew no le pareció satisfactoria la contestación. Generalmente los tres hermanos no se separaban y si lo hacían, se daban cuenta de sus movimientos y le extrañaba mucho que ninguno de los dos

supiese de él.

Pero volviendo a lo que más le preocupaba, dio de lado la ausencia del menor de los Saff.

Joe, el juez, se hallaba aquella tarde sereno como no lo había estado hacía mucho tiempo. Preocupado con la prolongada ausencia de Sol, se preguntaba qué habría sucedido para que el enigmático *sheriff* no estuviese de vuelta antes de que fuese descubierta su salida, provocando las naturales sospechas y empezaba a suponer que algo grave había sucedido para trastocar sus planes.

Se encontraba asomado a la ventana tras los cristales, con los ojos clavados en la calle por si le veía aparecer, cuando una sacudida nerviosa agitó su cuerpo. Acababa de descubrir en el extremo de la calle a los dos hermanos Saff y a Crew, éste, arrastrando tras sí un caballo y no necesitó hacer ningún esfuerzo de imaginación para reconocer en la montura la de Dolf.

—¡Maldición!—rugió—. Ese hombre cometió la mayor estupidez de su vida al no hacer desaparecer ese caballo. Esta gente sospecha algo y viene a mí en busca de noticias.

Durante un momento se mantuvo tenso sin saber qué decisión tomar. Por fin, se dirigió bruscamente a su mesa, extrajo un revólver que guardaba en el cajón, lo ocultó en la manga de su levita y luego preparó un escenario ridículo.

Tomó la botella de coñac, medio llenó un vaso, derramó parte del líquido en la mesa, se sentó casi caído sobre la silla y con el brazo estirado sobre el tablero, aferrando el vaso, quedó en la actitud grotesca del hombre que, vencido por el alcohol, no puede realizar el último esfuerzo para apurar el vaso.

Crew abrió con violencia la puerta y subió al piso. Al penetrar en él seguido de Jeff y Jim, se le apareció a los ojos la figura del juez derrumbado sobre la silla con el vaso medio caído entre los dedos.

—¡Maldito borracho!—rugió Crew—. ¡Me dan ganas de darle dos tiros y que no vuelva más en sí!

Jeff se acercó a él y le sacudió rudamente:

—Oiga, Joe—gritó—despierte, le necesitamos.

El borracho, a las sacudidas, pareció pretender volver a la realidad y entre dientes, gruñó:

—No... no... Crew, no... Esos tipos son unos cerdos... quieren que tú, que tú... te mates con los Saff... ¡lo juro!... Me lo han dicho a mí... a mí... y yo... ¡hip!...

Crew miró a los dos hermanos que se tornaron pálidos y afirmó:

—Vámonos... Aquí no tenemos nada que hacer. Estoy seguro de que este viejo borracho no ha tenido nada que ver en el asunto... Todo esto sólo puede ser cosa de ese forastero del diablo. ¡Hay que

encontrarlo muerto o vivo!

Jeff, rabioso, exclamó:

—Has sido demasiado cándido, Crew. Es imperdonable en un hombre como tú.

—Bien. Yo lo arreglaré. El que se sienta con agallas para tratar de burlarse de mí, no se ríe dos veces. Vamos a las oficinas del *sheriff*.

Apenas habían desaparecido los tres por el extremo de la calle, el juez, abandonando su fingido papel de embriagado, tomó su sombrero, cargó el bolsillo con proyectiles para su revólver y descolgándose por la ventana trasera de la casa para evitar ser observado, exclamó:

—Tengo que encontrar a ese hombre sea donde sea. Si se presenta aquí, ignorante de lo que está sucediendo, le van a freír a tiros antes de que pueda mover un solo dedo.

Penetró en la pequeña cuadra que se habría en la parte posterior del edificio, sacó su escuálido caballo y montando en él, se alejó del pueblo por un camino exótico para no ser visto, pero con la idea de dar un rodeo ya en las afueras y tomar la carretera polvorienta que conducía a Hope.

Estaba seguro de que aquel sería el camino a seguir por Sol si no le había sucedido algún tropiezo desagradable y si así había sido, ya llegaría a algún lugar donde le pudiesen dar informes de las andanzas del osado *sheriff*.

Crew, acompañado de los hermanos Saff, se dirigió temblando de ira a las oficinas de Sol. No confiaba mucho en encontrar nada que le facilitase una buena pista, pero sentía curiosidad por saber si el nuevo *sheriff* se había ausentado temporalmente, o si había recogido todos sus efectos para huir del poblado, acaso, porque temiese que su vida estaba en inminente peligro de ser barrida.

De un furioso puntapié, desencajó la débil puerta y seguido de sus compañeros, penetró en el bajo y pequeño edificio, registrándole. Sol no se hallaba escondido, pero tampoco había recogido sus efectos personales.

En su dormitorio, descubrieron los bártulos de afeitarse, el cepillo de los dientes, la pastilla de jabón y la toalla, señal de que se había ausentado con ánimo de volver, pero su caballo no estaba en la corraliza.

—Bien—afirmó Crew rechinando los dientes—creo que volverá y si vuelve...

Jeff, que había pasado a la habitación que servía de oficina, se dedicó a echar un vistazo a ésta y al hacerlo, sus ojos tropezaron con un papel arrugado que yacía sobre el tablero de la mesa.

Curiosamente lo tomó y al echarlo un vistazo, lanzó un sonoro

juramento al tiempo que gritaba:

—Crew, ven; creo que ya sé el motivo de su marcha y adonde se ha dirigido.

Enseñó el papel a Crew, el cual, lo leyó con ira. Era la comunicación del *sheriff* de Dayton, en la que se pedía al de Peñasco que protegiese la diligencia que no tardaría en pasar por el poblado, pues ya estaba anocheciendo.

Crew sonrió con cruel ironía, diciendo:

—Bien; ahora me parece que me voy dando cuenta de la verdad. James vino aquí echadizo. Debía tener orden de fingirse un proscrito para ganar nuestra confianza y hacerse nombrar *sheriff*. ¡Ahora veo claro! Él ha sido quien eliminó a Hall y Coe y quien tiene que haber eliminado también a Dolf. Sin esta circunstancia, quién sabe si hubiese acabado también con nosotros por sorpresa.

—Bien, ¿qué piensas hacer ahora? —preguntó Jeff.

—Hay que salir al encuentro de la diligencia. Si ha marchado a protegerla, vendrá en ella y ahora soy yo quien no piensa dejar del vehículo y de los que viajan en él, ni el recuerdo.

Los dos hermanos se miraron de modo elocuente. Si conseguían esto, se les presentaba la ocasión de apropiarse de una excelente cantidad de dólares, producto del botín.

Jim aprovechó un momento de descuido de Crew, para decir a su hermano al oído:

—Déjale que nos ayude a eso. Luego, cuando se haya recogido el botín, si nos estorba...

Jeff asintió y Crew, que no se había dado cuenta del rápido cambio de impresiones entre los dos hermanos, gritó:

—¡Vámonos!... Voy al bar a recoger mi caballo y mis armas. Remozaré mis olvidados tiempos de salteador y pistolero.

Jeff, durante el camino, se lamentó:

—Es lástima que ese idiota de Sam se haya largado sin decir dónde iba. Podía habernos sido muy útil en este caso.

Jeff no lo lamentaba sólo por su notable ayuda, sino porque si tenían necesidad de luchar luego contra Crew, estarían en superioridad de condiciones para eliminarle.

Este dejó el caballo a la puerta del bar y penetró en el interior con el rostro encendido de rabia y un fulgor extraño en la mirada.

El establecimiento empezaba a poblarse de clientes. Ya había anochecido y los quinqués de petróleo ardían esparciendo su rojizo resplandor por el local y media docena de impacientes cuatreros o salteadores de poca monta, habían tomado posiciones en las mesas, esperando pacientes la hora de que empezase a funcionar la banca.

Crew se dirigió a sus dos dependientes, dos mocetones rudos y ciclópeos en los que tenía bastante confianza y preguntó:

—¿Nada de particular?

—Nada, jefe. Esto parece un paraíso.

—¿No ha venido nadie?

—Nadie.

Crew cruzó el salón y ascendió la escalera para dirigirse a sus habitaciones, mientras Jeff y Jim, acercándose al mostrador, se dispusieron a esperarle pidiendo dos vasos de *whisky*.

Crew alcanzó el rellano de la escalera y torciendo a la izquierda, se dirigió a su dormitorio donde guardaba dos enormes *colts* del 45 y una pequeña pistola que podía serle útil si se veía obligado a tomar parte en una acción tan complicada como era asaltar la diligencia si traía escolta, y sobre todo, si en ella viajaba el fingido *sheriff*, y cuando hubo guardado las dos armas grandes en las fundas de su cinto y la pistola en el bolsillo, se dirigió nuevamente a la escalera.

Pero al llegar al rellano, sintió la necesidad de informar a Margaret de las causas de su ausencia, sobre todo si ésta se prolongaba.

Le costó trabajo decidirse, pues, desde la noche en que la humillara arrancándole el collar, Margaret no sólo se había mostrado fría y orgullosa con él, sino que habían sostenido varias violentísimas discusiones en las que él, furioso por el desdén que ella le manifestaba, había estado a punto de maltratarla dejándose llevar de su carácter irascible y de los punzantes celos que se acababan de encender en su alma a cuenta de las asiduidades de Sam.

Pero como el caso requería que alguien se cuidase del establecimiento si él tardaba o sufría algún accidente, necesitaba informar a la joven y darle instrucciones, y venciendo su amor propio que se negaba a rebajarse a ella, cruzó al otro lado del pasillo y deteniéndose ante la puerta del dormitorio de la muchacha, la empujó.

La puerta, cerrada, resistió la presión y Crew, malhumorado e impaciente, golpeó sobre la hoja, gritando;

—¡Margaret!... ¡Margaret!...

Un silencio impresionante siguió a la llamada y Crew, que necesitaba poco para saltar, pateó en la puerta, gritando:

—¡Margaret!... ¿No oyes que te llamo? ¡Abre!

Poco después se oyó la agitada voz de la joven que contestaba:

—¡Déjame en paz, me duele la cabeza y no estoy para visitas!

Crew, iracundo, rugió:

—¡Te ordeno que abras!... No son visitas necias, sino algo muy importante... ¡Abre!...

—¡Te he dicho que me dejes en paz, no quiero!

El, ciego de furor ante la negativa, se echó hacia atrás, y lanzando su potente humanidad sobre la frágil hoja de la puerta, produjo un enorme crujido al terrible empujón y saltando en astillas, dejó el paso franco.

Crew se lanzó como un torbellino al interior, pero algo le detuvo en el viaje. Una terrible explosión, un fogonazo que casi brilló delante de sus ojos, un golpe seco y doloroso en un lado del pecho junto a la clavícula izquierda y una sombra masculina empuñando el revólver recién descargado, a la que reconoció a través del velo sangriento que turbaba sus ojos:

—¡¡Sam...!!—rugió como un tigre.

Llevó rápido la mano al bolsillo para sacar la pistola, cuando la grácil silueta de Margaret, abalanzándose sobre él, le aferró por los brazos con fuerza inhumana, al tiempo que gritaba con voz desgarrada:

—¡Huye, Sam, huye!

El pistolero saltó como un tigre entre el grupo y la jamba de la puerta y alcanzó el pasillo que le dejaba franca la huida, pero Crew, con sus fuerzas hercúleas, sacudió la frágil figura de Margaret de un terrible bamboleo y retrocedió al pasillo, dispuesto a impedir la fuga de su rival.

Este, que había alcanzado el vano de la escalera, se volvió y extendiendo el brazo, disparó de nuevo tratando de abatir a Crew, pero falló en el intento.

Margaret, que luchaba como una fiera por detener a Crew, había vuelto a interponerse entre ambos rivales y el proyectil le alcanzó en la espalda, obligándola a emitir un terrible grito de agonía al tiempo que aflojaba instantáneamente la presión, dejando en libertad los brazos de Crew.

Sam, al oír el grito, vaciló un instante con el revólver en la mano y luego intentó desaparecer por el hueco de la escalera, pero aquel breve momento de duda le fue fatal. Crew, con la rapidez que le había dado fama de terrible pistolero, sacó el arma del bolsillo y sin fijar la puntería, fiado en su práctica y en su intuición, disparó.

Sam, alcanzado en pleno cráneo, hizo un extraño, encogiéndose como un muelle, luego, dejó caer el arma de la mano y tras vacilar un momento tratando de sostenerse en pie en el reborde del primer escalón, perdió la estabilidad y como un fardo se desplomó rodando por los escalones, para terminar en el salón, donde quedó encogido con el rostro vuelto hacia la puerta y una mueca de rabia y dolor dibujada en su rostro.

Sus dos hermanos que bebían apoyados en el mostrador, apenas oyeron la primera detonación, se envararon. Sin saber por qué, algo les dijo al corazón que la tragedia que se desarrollaba arriba en el

piso superior les afectaba y tomando sus armas, avanzaron hacia la galería en el momento en que, al sonar el último disparo, Sam rodaba por la pina escalera e iba a caer casi a los pies de sus asombrados hermanos.

Jeff, el primero en reaccionar, levantó la vista, rugiendo:

—¡Crew, maldito sea tu corazón, te saliste con la tuya, pero aún no has terminado con todos los Saff!

Intrépido y arrojado, inició el ascenso en el momento en que Crew, tambaleándose a causa del dolor de la herida y de la pérdida de sangre que empezaba a experimentar, avanzaba hacia la escalera asomándose por la barandilla de la galería.

Al descubrir a Jeff que subía de cuatro en cuatro los escalones, se sostuvo apoyando el cuerpo en el pasamanos y disparando a través de los travesaños de madera, rugió:

—¡Ahora, vosotros, hijos de loba, me pagaréis esta traición como me llamo Crew!

El disparo alcanzó a Jeff antes de que éste tuviese tiempo de llegar al rellano para enfrentarse con su enemigo, y el mayor de los Saff, herido de muerte en el pecho, rodó también por la escalera, yendo a caer junto al cadáver de su hermano al que se abrazó en las ansias de la muerte.

Ahora, solamente quedaban frente a frente Crew y Jim, el cual se disponía a vengar la muerte de sus hermanos y para ello se parapetó tras una mesa que derribó con ímpetu, abriendo fuego contra la galería, desde la que Crew le contestaba hurtando el cuerpo a los disparos tras las columnas de madera que sostenían el techo.

Los dependientes de Crew, al darse cuenta de la tragedia, empuñaron sus armas saliendo en defensa de su jefe, pero los varios clientes que había en el establecimiento se declararon en favor de los Saff, entablándose una terrible lucha, en la que cada cual buscaba un refugio lo más seguro posible para su cuerpo y trataba a la par de buscar el punto vulnerable de su enemigo para abatirle.

El salón se llenaba de un humo blanco y de un acre olor a pólvora que se mezclaba con los juramentos, las imprecaciones y los gritos de dolor de los caídos y aquello se convirtió en un infierno, que terminó por sembrar la alarma en el poblado, atrayendo hacia el bar a los pacíficos habitantes de Peñasco.

Joe Roslad, el juez, había dejado el poblado dos millas tras él, cuando el alegre tintineo de unos cascabeles le anunció que la amenazada diligencia se acercaba peligrosamente a Peñasco.

Atravesó su caballo sobre la polvorienta cinta de la carretera y haciendo señas, dio orden de detención, pero dos amenazadores rifles surgieron desde lo alto de la baca y una voz gritó:

—¡Arriba las manos, pronto!

Joe obedeció y acercándose, preguntó:

—Oigan, ¿están ciegos? No soy un pistolero, sino el juez de Peñasco… ¿No ha salido al paso de ustedes el *sheriff* de este pueblo?

—No—replicó uno de los que custodiaban la diligencia—y estamos extrañados. Se nos dijo que nos saldría al camino con una escolta…

—Oigan, por causas muy largas de contar no pudo hacerlo, pero salió solo en su busca. Escuchen. No sigan adelante por el camino general o serán atacados. Nigel Nitchel conoce lo que portean ustedes, y ha decidido asaltarles. El *sheriff* salió en su busca para avisarles y Dios sabe qué le habrá sucedido. Oigan un consejo; a media milla hay una vieja senda vecinal. Síganla y aunque tengan que recorrer tres millas más, saldrán al otro lado del pueblo. Si entran en éste, tropezarán con los hermanos Saff y algunos otros que se alegrarán mucho de entrevistarse con ustedes. Yo tengo que encontrar a James, el *sheriff*, a quien es seguro que le ha sucedido algo malo.

Uno de los custodiadores, recordando algo, exclamó:

—Oiga, al cruzar junto al borde del bosque, dos millas más arriba, hemos sentido disparos. Apretamos el trote y nada nos sucedió. Acaso eso tenga algo que ver con lo que le preocupa.

Joe, sin querer oír más, espoleó su cabalgadura y al tiempo que emprendía el trote, gritó:

—Oigan; sigan si quieren mi consejo, pero si lo desdeñan, yo informaré en Dayton que les advertí el peligro que corrían. Ahora, allá ustedes.

Galopó furiosamente y poco después quedaba a su espalda el tintineo de la diligencia que, siguiendo el consejo, se dirigía en busca del viejo camino vecinal.

Llevaba galopada otra milla, cuando su fino oído captó el raudo galope de un caballo que avanzaba hacia él y tomando precauciones, frenó su marcha y empuñando el revólver, esperó.

Poco después, entre el polvo del camino se bocetaba un caballo y un jinete a quienes con gran alegría reconoció el viejo juez.

—¡James!—gritó atravesándose a su paso.

Sol frenó el trote de «Stard» y deteniéndose junto a su fiel auxiliar, preguntó con voz ronca y cansada:

—¿Vd.? ¿Qué diablos sucede?

—Eso pregunto yo—replicó alarmado Joe—. Le veo cubierto de sangre, ¿le han herido?

—Bah, no fue nada. Sostuve una feroz pelea con Nigel y siete secuaces suyos. Ninguno podrá dar testimonio de ella. Seis yacen en el bosque, Nigel se despeñó por un barranco al verse perdido. Y

usted ¿qué hace aquí?

El juez le dio cuenta de todo lo sucedido y Sol, que deseaba dar fin a su terrible misión, exclamó:

—Mejor. Tenía que llegar y llegó. Ahora son pocos y voy a cogerlos por sorpresa. Vamos para allá.

—¿Está usted loco?—preguntó el juez— ¡Si está destrozado!

—Aún me quedan arrestos para darles la batalla final. Si no lo hago ahora, sorprendiéndoles, luego será peor.

—Bien, puesto que le corre prisa suicidarse, le acompañaré. Yo no amo la vida más que usted, de modo que a despreocupado no me gana.

Ambos, a todo galope, se dirigieron al pueblo y apenas habían ganado las primeras casas envueltos en las sombras de 1a noche, llegó a ellos el claro retumbar de los revólveres disparados con saña.



—¡James! —gritó.

—¡Por Cristo!—bramó Sol—. ¿Qué es eso?

—No sé, pero juraría que es en el bar de Crew.

—¿Se habrán empezado a morder los lobos antes de lo que pensábamos? ¡Adelante; si es así, vamos a tomar parte en tan bonita pelea!

Sin tomar precauciones, galoparon hacia la calle principal y cuando la enfocaron, el gentío que se había estacionado a prudente distancia del bar les anunció que no se habían equivocado.

Sol lanzó su caballo entre los grupos que le abrieron paso presurosos y desmontando a la puerta del bar, empuñó sus revólveres y como una tromba penetró dentro seguido del intrépido juez.

A pesar del humo que flotaba dentro, Sol abarcó de un vistazo el terrible cuadro y al distinguir la silueta de Jim disparando desde un ángulo del bar, le encañonó gritando:

—¡Jim Saff, ahora conmigo!

El forajido quiso desviar su arma, pero antes de lograrlo, el disparo de Sol le había dejado pegado al mostrador con el cuello atravesado de un balazo.

Alguien contestó desde la galería llevándose su sombrero de un disparo y Sol, arrojándose a tierra, levantó la vista descubriendo a Crew en lo alto de la galería, negro por la pólvora, chorreando sangre a causa de las heridas recibidas, congestionado por la ira, pero entero y bravo, decidido a continuar la lucha hasta agotar su último aliento.

Al reconocer a Sol gritó con voz ronca:

—¡Vd!... ¡Que me alegro mucho!... No quería morir sin llevarle por delante al infierno.

Un furioso tiroteo se entabló entre ambos. Crew, escudado por las columnas de la galería, hurtaba el cuerpo a las balas, mientras Sol, saltando como un simio, evitaba que fijase el blanco en él y buscaba la forma de cazarle en un descuido.

Había agotado los proyectiles de sus dos revólveres y solamente le quedaba una bala. Si erraba, se vería en un apuro para cargar las armas de nuevo.

De un salto fantástico, pretendió ganar la escalera. Crew, al comprender su idea, asomó el cuerpo por la barandilla para abarcarle y disparar, pero Sol, que pretendía tal cosa, levantó el revólver apretando el percusor. Crew, alcanzado en la cabeza, se inclinó con violencia hacia adelante y perdiendo el equilibrio, saltó en el vacío, cayendo muerto a los pies de su enemigo.

Este respiró fatigosamente. La pelea había concluido y la cuadrilla de forajidos había dejado de existir.

Echó un vistazo en derredor y quedó aterrado. Todos los que se hallaban en el bar al iniciarse la lucha, habían caído en ella y aunque algunos aún daban señales de vida ninguno estaba en condiciones para reaccionar y constituir un peligro para él.

Se hallaba contemplando el cadáver del fachendoso Sam, cuando un grito del juez le obligó a volver la cabeza. Alarmado, se quedó mudo de sorpresa y con los vacíos revólveres en la mano.

—¡Nigel Nitchel!—rugió lleno de rabia.

En efecto, el forajido que debía poseer siete vidas como los

gatos, estaba allí en el vano de la puerta, con un revólver en su morena mano y el rostro cubierto de terribles arañazos.

Su presencia se debía a un milagro de la suerte. Al caer en la sima, su cuerpo quedó enganchado por una espesa maraña de zarzas salvajes, a menos de dos metros del borde y el bandido, a costa de un supremo esfuerzo, había logrado escalar la pared subiendo a la explanada.

El caballo suelto de uno de sus caídos hombres, le sirvió para emprender la marcha tras su enemigo y aunque había recibido dos heridas y estaba horriblemente magullado, su asombrosa vitalidad y resistencia le animaban a buscar a Sol y jugar con él la última y trágica partida.

El juez, que se hallaba situado junto a la puerta, al observar que se le echaba encima el bandido, saltó sobre él como un tigre, en el momento que disparaba y la bala, cortando la trayectoria hacia Sol, se alojó trágicamente en su pecho, pero el viejo juez, fuerte y rabioso, tuvo ánimos para inclinar la cabeza y de un terrible mordisco obligar al bandido a arrojar al suelo el revólver.

Sol, al darse cuenta del peligro y del heroico sacrificio del juez, saltó como una fiera tirando las inútiles armas y ambos rivales, sin más defensa que sus brazos y puños, se acometieron con inaudita rabia.

Fue una pelea salvaje y alucinante, en la que ambos, apelando a toda clase de esfuerzos y de trucos, trataban de eliminarse sabiendo que ninguno se daría cuartel.

Sus terribles puños golpeaban sin piedad donde encontraban lugar para el golpe y más que el dolor de los recibidos les acuciaba el deseo de darlos.

En la ciega lucha, avanzaban y retrocedían pisando sobre los caídos sin compasión alguna y unas veces, Sol salía proyectado hacia atrás de un terrible puñetazo y otras, Nigel volteaba como una pluma contra una mesa, cayendo para levantarse más rabioso y ciego que cuando cayera. Los muebles crujían hechos astillas, volaban las banquetas y cuantos objetos caían cerca de sus manos, acusaban los cuerpos las terribles huellas de los golpes pero ninguno cejaba en aquella dramática pelea, que iba agotando sus fuerzas y deshaciendo sus carnes.

Ambos chorreaban sangre como corderos degollados, pero a través del velo rojo que cegaba sus pupilas, buscaban con ferocidad al enemigo ansiando triturarlo.

Nigel, alcanzó una banqueta y la lanzó con toda la fuerza de que era capaz sobre Sol. Este, instintivamente, alargó los brazos y logró aferrarla en el aire y rugiendo de alegría salvaje, saltó sobre Nigel con ella en sus manos. El bandido no tuvo tiempo de eludir el golpe

fatal y el borde del pesado adminículo, cayó sobre su cráneo, que crujió siniestramente al recibir el impacto.

Como un toro abatido, se desplomó al suelo, al tiempo que Sol, incapaz de sostenerse más tiempo en pie, se acercaba vacilante al cuerpo del juez, dejándose caer a su lado. Joe, entre hipos de muerte, exclamó:

—¡Bravo!... James... Esta carroña buscaba un... un *sheriff* a la medida y... y... lo encontró... ¡pero qué medida, santo Dios! La debió de tomar el gigante Goliat para ponerle a... a... tono con ellos... Bueno... James, me voy... pero me voy contento... de... de haber servido para algo útil... Oiga, si se queda... visite alguna vez mi... mi... tumba y deje... deje en ella... una siempreviva...

Sol, que se sentía desfallecer, le tomó la mano emocionado, balbuciendo:

—Bueno, viejo... lo haré..., y siento... siento que no se haya podido quedar aquí... para...

No pudo decir más. Sus ojos se cerraron pesadamente y no se dio cuenta cómo la gente del poblado penetraba en tromba en el establecimiento y le tomaba en hombros para sacarle triunfalmente de aquel nido de víboras, que sólo debido a su esfuerzo había sido arrasado...

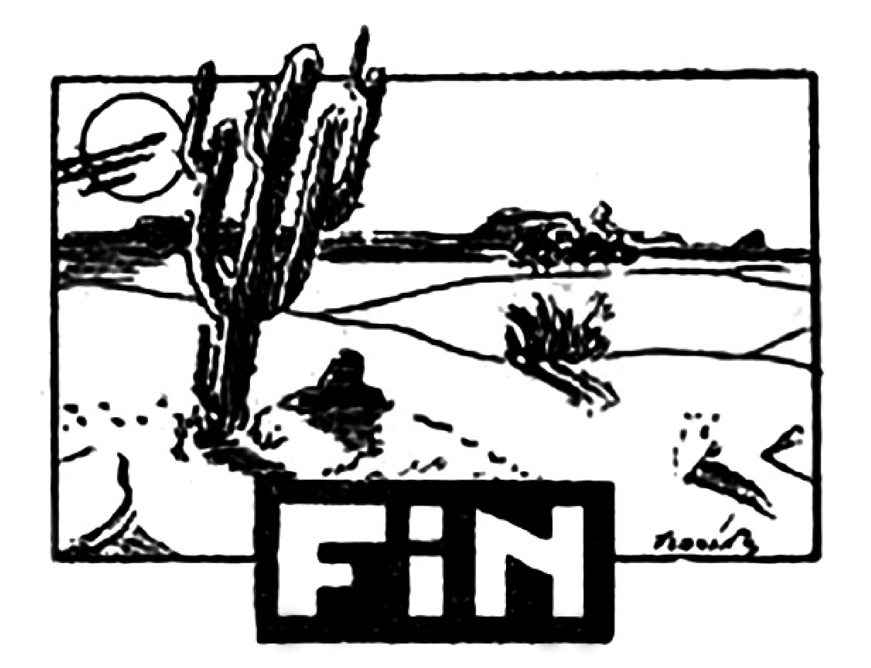
* * *

Cuando al siguiente día volvió en sí sobre su lecho, cubierto de tafetanes, magullado y flácido como un saco vacío, se enteró de lo sucedido y de que se iba a dar sepultura al cadáver del heroico juez y realizando un esfuerzo supremo, se vistió para asistir a la fúnebre ceremonia.

Al descender la caja a la fosa, tomó una flor y arrojándola sobre el féretro, balbuceó con voz truncada:

—¡Adiós, viejo amigo!... Si algo malo hiciste en el mundo, bien supiste pagarlo con tu vida. Que el cielo te acoja en él cuando llames a sus puertas. Y conteniendo dos lágrimas de emoción, se alejó del cementerio seguido de los honrados habitantes de Peñasco, que le aclamaban con entusiasmo, creyendo que habían encontrado por fin un soñado *sheriff* a la medida y que les iba a durar mucho para tranquilidad de sus espíritus.

Pero Sol no estaba dispuesto a complacerles. Se había impuesto una noble misión que cumpliría y nada ni nadie le detendría en un lugar determinado hasta que no la diese cumplida cima.


FIN

Artes Gráficas Grijelmo, S. A. - Bilbao